



Humberto Constantini



Cuentos

Un señor alto, rubio, de bigotes

Es aquí. Pero este ascensor... la portería... yo los conozco, me parece. ¿Cuándo vine yo aquí? ¿Una semana? ¿Un año? No puedo darme una idea. ¡He caminado tanto en este tiempo!

Además todas las oficinas, más o menos... Y los ascensores también. Subo a un ascensor y ya me veo buscando a alguien, preguntando, corriendo de aquí para allá. Sí ha de ser eso.

Y sin embargo... el tablero... las puertas... Yo esto lo conozco. Alguna vez estuve aquí, estoy seguro.

Bueno pero no interesa. ¿Dónde está la tarjeta? Es ésta. Señor García, de parte del señor Perrondo. Séptimo piso, oficina 712.

-¡Al séptimo!

... de esto algo tiene que salir... segundo... tercero... señor García de parte del señor Perrondo. Vamos a ver qué pasa.

... quinto... sexto... García de parte de Perrondo. García de part...

-¡Gracias!

Y este pasillo también... pero ¿cuándo? ¿Cuándo?

Setecientos ocho, diez, doce. Es aquí.

-Buenos días señorita. El señor García por favor...

-Sí, como no señorita.

Los dos sillones, la mesita... el cuadro... el ruido de la máquina... pasos en el corredor...

Sí, yo le digo que soy amigo de Perrondo, ¡total! ... la corbata en su sitio, los puños... ¿Qué hora será? Y este dolor en el pecho que me joroba ahora. Bostezo, me miro las uñas. Espero.

El tiempo. Uno se mete en él como en una carpa. Afuera pasos, voces... el ruido del ascensor... una bocina... ¡Pero todo eso lejísimos!... En otro mundo.

Aquí el tiempo lo cubre completamente a uno. Uno mismo es el tiempo. Creo que hace falta un poco de entrenamiento para sentir esto.

Antes me molestaba esperar. Ahora no. Me meto en la carpa, cierro todas las aberturas y espero. ¿Qué quiere decir "las diez y media"?

Pienso que esperar es una cosa importante. Algo así como una ocupación fundamental. Uno espera y cumple su vida.

¡Estoy macaneando! ¿Qué hora es? Lo que hay que hacer es mostrarse dinámico, optimista. Cara de triunfador. Así se consiguen las cosas. La corbata en su sitio, los puños, caminar erguido. Muy

bien.

¡Pucha cómo tarda! ¿Se habrá olvidado de que estoy aquí?

El tiempo... García de parte de Perrondo. Yo lo conozco a Perrondo. Perrondo es amigo mío. ¿Del trabajo? No, de la familia. Amigo de la familia desde hace diez años. Eso es.

¿Se habrá olvidado? Diez minutos más y pregunto.

El tiempo...

-Señorita, ¿el señor García?...

-Ah... perdón, perdón. Pensé que se había ido... los sillones... la mesita... el cuadro...

¿Qué será este dolor? Juego con los dedos en la madera. Espero. No existe el tiempo. Me meto en la carpa...

* * *

-Ah, sí, sí. ¡Gracias señorita!

-El señor García. ¡Encantado! Sciardys, a sus órdenes.

-Bien señor García... el señor Perrondo me indicó... me dijo que usted podría... es decir, me dio esta tarjeta para...

* * *

La calle otra vez. No me gusta caminar por la calle cuando ando así. Sobre todo si uno tiene los zapatos gastados. Uno se mira los zapatos y está listo.

Además las paredes, crecen, crecen hasta el cielo, se amontonan allá arriba y lo aplastan a uno.

Llámeme dentro de dos meses. No, no. ¿Cómo era? Venga a verme de aquí un par de meses. Así me dijo. Y que lo viera al señor Bucini, director de "Radiar", de parte suya.

Todos los días, después de las catorce y treinta. Lavalle al mil quinientos. Lo veo hoy. ¿Qué hora es? No hay tiempo para volver a casa. Me quedo por aquí entonces. Lavalle al mil quinientos. Señor Bucini de parte del señor García...

Un espejo. ¿Para qué me habré mirado? Yo me imaginaba bien plantado, rozagante. Así como para presentarme y conseguir cualquier cosa. Me vi flaco, desgarrado... ¡y con una cara!... Cara como para que digan que no. Cara que invita a decir que no. ¡Mire señor, usted puede decirme que no, con toda confianza! No hay peligro de que me extrañe o que lo tome a mal. ¡Estoy acostumbrado a que me digan que no! ¡Dígalo señor! ¡Dígalo sin miramientos! ¿No ve que lo estoy invitando con esta cara a que me diga que no?

No, esas son pavadas. Si empiezo a pensar así no voy a ningún lado. Lo que tengo que hacer es componerme un poco antes de entrar. Una cuadra antes empiezo a sonreír. Así, ¿ves? Saco pecho... levanto la cabeza... camino ligero... tra la... la la. Eso.

La cara no quiere decir nada.

Pero este dolor... voy a tener que ir al médico un día de estos.

No, no hay que mirarse los zapatos.

Y las casas que se hacen más altas. Esas ventanas allá arriba que lo miran como despreciando. Como haciéndolo caminar a uno por una zanja.

Y la gente. Toda apurada. Todos haciendo algo... ¡Es horrible caminar así por la calle! ¿Dónde hay un café?

Bucini de parte de García, a las dos y media.

"Radiar" es una casa importante. Yo la conozco. Si este Bucini pudiera hacer algo...

¡Un café con leche, mozo!

Hasta las dos y veinte no salgo. De aquí a Lavalle al mil quinientos son diez minutos. Me quedo en el café. Cualquier cosa antes que andar por la calle haciendo tiempo. Están las paredes. Están los espejos en las vidrieras. Y además me veo los zapatos.

Está la gente. Todos ocupados. Todos aprovechando los minutos. Haciendo cosas importantes. ¿Por qué no podré estar así yo? ¡Ocupado, ocupadísimo! Caminar rápido por el centro, o sentarme frente a un escritorio y hablar por teléfono. Decir por ejemplo: ¡vení a verme a las cinco en punto! Antes no porque estoy ocupado. Tenemos quince minutos justos para charlar. Y ¡plaf!, colgar el tubo. Señor Sciardys, ¿qué hacemos con esto? ¡Páselo a tal lado! ¡Pim! ¡paf! Con seguridad, con firmeza, ocuparme de cosas importantes...

¡Qué sé yo! Estoy cansado de vivir así esperando. Como si en el mundo, o en la vida, o en ese juego misterioso que tiene la gente, no hubiera lugar para mí.

Este dolor debe ser el cigarrillo. Empezó hace una semana y no me deja tranquilo. Cuando me canso un poco me duele más y se extiende hasta el brazo. ¿Justo ahora tiene que venir esto? Me da rabia porque me parece que me quita seguridad, que me deprime, y que todo eso se debe notar.

No, no se puede notar. Son ideas mías. Es cuestión de presentarse bien. De mostrar alegría. Señor Bucini, ¡encantado! Con soltura, con optimismo. Eso es lo principal.

Las dos y cuarto.

-Mozo, ¿cuánto es?

Caminar rápido. No mirar a los costados. No mirar los zapatos. No ponerse a pensar en las paredes. Las paredes lo aplastan a uno. Lo escupen desde las ventanas. Yo también ando apurado. Soy igual que la gente.

Es en esta cuadra. La sonrisa. Así, de oreja a oreja. Después la cara se acostumbra y uno parece sonriente.

"Radiar"...

-El señor Bucini por favor...

-Segundo piso. Gracias.

-El señor Bucini por favor. ¿Mi nombre? Sciardys. Ese, ce, i, a, ere, de, y griega, ese.

-Sí, gracias señorita.

La sonrisa. La corbata en su sitio. Caminar derecho. Espero. Me paseo.

-¿El señor Bucini? Sciardys, ¡encantado!

-Yo estuve recién con el señor García... el señor García me dijo... que viniera a verlo...

* * *

La calle. Las paredes. Estoy cansado.

¿Por qué hay tipos que tienen como una cáscara alrededor? Uno quiere llegar a ellos, acercarse, y es imposible. Pero mejor es que no piense en Bucini. Por aquí no hay nada que hacer. Eso es seguro.

De todas maneras me dio un dato. No creo que lo conozca a este señor Domingo Márquez. Ni siquiera me dijo que fuera de parte suya. Pero es un dato y hay que aprovecharlo. ¿Iré ahora? Sí voy ahora. Quién me dice que a lo mejor...

Además así las paredes no me atrapan. Me muevo, corro. Las agujas del reloj y la tacita de café no van a estar allí, mirándome, estudiándome, sabiendo cada cosa que hago y cada pensamiento que se me cruza. No me van a mirar cómo mato el tiempo.

Señor Domingo Márquez, gerente, Belgrano 774. ¿Qué se toma para ir?

-Señor, ¿para Belgrano al setecientos, por favor?

-Gracias.

No pienso en Bucini. No pienso en nada.

El colectivo. La gente que empuja. ¿Saldrá algo de aquí?

No alcanzo a ver la calle. ¿Dónde estamos?

Tengo que presentarme bien. Con soltura, con alegría, Márquez es un tipo importante...

-¡En la primera chofer!

Belgrano 774. Es allí enfrente. Cruzo la calle. Ahora ¡qué raro! No me duele nada el pecho.

El ascensor otra vez. Otra vez la sensación de estar corriendo, buscando a alguien.

-¡Al cuarto!

Sonríó. Me compongo el saco. ¿No habrá salido este Márquez?

-Sí, Fernando Sciardys. Ese, ce, i, a, ere...

-¿Señor Márquez? ¡Encantado!

-Mire señor Márquez, yo venía porque me enteré... me dijeron que había una posibilidad y entonces yo vine para preguntar, para ver si es posible...

* * *

¡Abajo!

Córdoba 2552. ¡Voy ahora mismo! El señor Otero. Esta vez me lo dijo bien claro. Otero con seguridad tiene algo. Vaya a verlo.

Sí, voy, voy ahora mismo. No quiero perder un minuto. ¡A ver si lo alcanzo! Córdoba al dos mil quinientos. Llego hasta Córdoba y de allí tomo cualquier cosa. ¡Rápido! ¡Rápido!

Señor Otero. Esta vez es seguro. Señor Otero. Córdoba al dos mil quinientos.

¡Ojalá no se haya ido todavía!

¡Quince minutos señor Otero! ¡Quince minutos y estoy allí! ¡Espéreme, por favor!

Se hace tarde. ¡Yo tomo un taxi! ¡Espere quince minutos más, señor Otero, no se vaya!

-¡Taxi!

-A Córdoba al dos mil quinientos, ¡rápido por favor!

Fumo. Miro la calle. Voy más rápido que la gente. Más ocupado. ¡Pucha, el tráfico! ¿Por qué no pasará de una vez?

La corbata en su sitio, los zapatos... no, no hay que mirarse los zapatos.

Otero con seguridad tiene algo. Así me dijo, ¡Gracias señor Márquez! ¡Y yo que casi no pensaba ir! ¡Cómo vienen las cosas, así, de pronto, cuando uno menos las espera!

Ya falta poco. Mil novecientos... dos mil... Llego justo a tiempo. ¿Estará todavía en la oficina? Dos mil doscientos... dos mil trescientos... ¡Ese camión que no deja pasar! Dos mil cuatrocientos... En la otra.

-¡Aquí nomás, cóbrese!

El saco. La corbata. Me arreglo los puños.

-El señor Otero por favor...

-¿Esta escalera? Gracias. ¿Se habrá ido?

-Buenas tardes señorita. ¡El señor Otero por favor!...

-¿Qué?... ¿No está?...

-¿Pero va a venir? Sí, sí, yo lo voy a esperar. ¡Cómo no!

-No, no, prefiero esperararlo aquí.

-Fernando Sciardys. Ese, ce, i, a, ere, de, y griega, ese.

-Sí gracias, señorita. ¿Usted me avisa cuando llega entonces?, porque yo no lo conozco...

-Muy bien, muy bien, espero nomás.

...Espero. No puedo quedarme sentado. Me paseo... las puertas... los sillones... el reloj...

Enciendo un cigarrillo.

Pero al rato me aburro de caminar y me siento. El sillón que se hunde... el techo... el ruido de las máquinas...

El tiempo. Uno se mete en él como en una carpa... Pero el señor Otero vendrá en seguida. No hace falta la carpa.

Espero. Otro cigarrillo.

Me está doliendo el pecho otra vez. ¿Qué será esto?

Señor Otero, usted me va a salvar. Usted es mi esperanza, señor Otero.

El tiempo. Espero. Yo siempre espero a alguien.

Pero esta vez es seguro. Márquez me lo dijo bien claro.

El tiempo. Me meto en la carpa. Cierro todas las aberturas y espero.

El guardapolvo blanco de la empleada... el vidrio de la puerta... los dibujos del parquet...

¡Qué tarde se hizo!

...los ruidos de la calle... un timbre... alguien que tose...

Tengo miedo de que no pase por aquí. O de que la empleada se olvide.

El tiempo.

...El cesto de los papeles... pasos que se alejan...

Espero...

* * *

-Señorita... quería preguntarle..., ¿cómo es el señor Otero? Por si usted se va, ¿sabe? Así yo sé cuando él viene... lo saludo, me presento...

-¿Cómo? ¿Alto, rubio, de bigotes?

-Sí, sí, lo voy a conocer.

-Gracias, gracias.

Alto, rubio, de bigotes. El señor Otero es un señor alto, rubio, de bigotes.

"Con seguridad tiene algo. Vaya a verlo."

Pero el tiempo me aplasta. Me borra la sonrisa de la cara. Me paseo. No hay que mirar los vidrios. No hay que mirarse los zapatos. La corbata en su sitio. Los puños.

¡Cómo me duele el pecho!

Es tarde. Oigo puertas que se cierran... oigo voces que dicen "hasta mañana"... Han apagado la luz en la otra oficina.

Un señor alto, rubio, de bigotes. Un señor alto, rubio, de bigotes. Yo lo voy a conocer.

Me levanto. Me asomo al corredor. Oigo pasos en la escalera. Sube alguien. Debe ser él. Debe ser el señor Otero. ¡Por fin!

Lleva un traje azul... sombrero claro... lo tengo de espaldas... ahora se da vuelta...

No... no... me había parecido.

Espero. Tiene que venir.

Camino. El corredor... la baranda... Bajo la escalera.

¿Y si subiera en este momento? Me detengo.

Pero es mejor bajar. Es mejor estar abajo para verlo.

Bajo. Salgo a la puerta.

La gente... los autos... Se está haciendo de noche.

...¿eh? ¿Este que viene aquí? Es alto, rubio... ¡viene para este lado!

No... no tiene bigotes. No es el señor Otero.

El señor Otero es un señor alto, rubio, de bigotes. Un señor alto, rubio, de bigotes que me va a salvar. Va a hacer un lugar para mí en el mundo. Me va a quitar todos los problemas. También este dolor al pecho, ¿no es cierto señor Otero?

...un señor alto... tiene un portafolios en la mano...

No, no es.

La gente no entiende nada. No saben que estoy a punto de salvarme. Los pobres no esperan al señor Otero. Me dan lástima. Yo estoy mucho mejor que la gente.

...¿éste? Tampoco. Parecía, pero no es rubio.

Yo espero al señor Otero. Un señor alto, rubio, de bigotes que tiene todo en la mano. Con seguridad tiene algo.

¡Y la gente no se da cuenta! ¡Pasan al lado mío y no entienden nada! Yo quisiera llamarlos, explicarles. ¡Eh!, ¡señor! Yo no estoy aquí haciendo tiempo, ¿me entiende? Antes sí, pero ahora no. Ahora estoy esperando al señor Otero. Un señor alto, rubio, de bigotes, que me va a salvar. ¿Usted no lo conoce? ¿No sabe quién es el señor Otero? ¡Verdaderamente es una lástima! Él

podría ayudarlo a usted también! Sí, pero ahora yo lo estoy esperando. Él con seguridad tiene algo y me va a dar un sitio en el mundo, ¿sabe señor? ¡Gracias, gracias señor! No, no me felicite. En realidad es nada más que un poco de suerte. ¡Adiós señor!

¡Cómo tarda!

Los árboles parecen hombres que levantaran los brazos. La luna es un señor rubio que los mira como se agitan y se va acercando lentamente para clamarlos.

¿Por qué tarda tanto, señor Otero?

Yo no levanto los brazos pero también estoy agitado. Me duele el pecho. Quisiera llamarlo, señor Otero. Porque usted no sabe que estoy aquí esperándolo y por eso no se apura en llegar. En traerme la calma que usted tiene con seguridad en la mano.

Es muy tarde. Es de noche y usted no viene.

Pero yo lo voy a esperar. Yo lo voy a conocer en seguida.

...la gente... los negocios que cierran.

¿Qué tengo en el pecho? ¿Por qué me duele más ahora?

Un señor alto, rubio, de bigotes, que me va a quitar este dolor del pecho, que va a llegar lentamente para calmarme.

Los hombres siguen de largo. Ninguno es un señor alto, rubio, de bigotes. Son gente como yo. Andan apurados. También se miran los zapatos. También necesitan de usted señor Otero. ¿Por qué no viene?

Si usted no viene yo me voy a quedar aquí toda la noche, levantando los brazos. Y la gente va a preguntar: ¿qué pasa? Y yo les voy a decir que lo estoy esperando a usted, señor Otero. Y entonces todos van a levantar los brazos, y se van a agitar, y todos lo van a llamar a usted para que venga a calmarlos.

¡No puede ser! ¡No puede ser! ¿No dijo que vendría? Me lo dijo bien claro la empleada.

Los árboles... Los árboles se mueven, levantan los brazos...

¿Eh? Sí, es él. Cruza la calle. Viene para este lado.

Sí, sí, sí, no hay duda. Es el señor Otero. Un señor alto, rubio, de bigotes.

Camina despacio... viene hacia aquí...

-¡Buenas noches señor Otero! Yo lo estaba esperando. Me dijeron que usted tiene algo y yo venía para que usted...

¿Cómo señor Otero? ¿Qué lo acompañe a su oficina? ¡Sí, sí, cómo no señor Otero!

Me pasa la mano por el hombro. Me trata como a un hijo. Me dice que me quede tranquilo...

¿Pero cómo sabe mi nombre señor Otero?

¿Todos los problemas señor Otero? ¿Todos los problemas? ¡Gracias, señor Otero! ¿También este dolor al pecho? ¿Pero usted cómo sabe?

¡Me duele, me duele mucho ahora! No se sonría. Es cierto. Casi no puedo caminar.

¿Qué pronto se me va a pasar todo? ¿Cómo puede usted saberlo señor Otero? ¿Cómo supo que me dolía terriblemente el pecho?

Yo simplemente quería una ocupación. Algo así como un sitio en el mundo.

No, no se sonría. No me mire así. Yo le hablo en serio. Lo que ocurre es que hace mucho tiempo que espero. ¡Siempre corro de aquí para allá! ¡Busco, busco! Y de pronto me lo encuentro a usted.

¿Todos los problemas dice, señor Otero?

¿Por qué se sonríe?

Pero... usted...

No, no, no, no puede ser, no quiero nada. Yo quiero irme.

Y el pecho me duele. Se me cierra.

Las cosas se borran. Se hacen oscuras.

¿Por qué lo veo solamente a usted? Usted que me mira sonriendo, me toma del brazo. Conoce mi nombre.

¡No, no, yo no quiero!

Usted es...

Un señor alto, rubio, de bigotes, que es...

Que me sonríe, que me toma del brazo.

¡No quiero! ¡No no no!

Me falta el aire. ¡Déjeme ir!

¡No, no, no, no quiero! ¡No quiero!...

Estimado prócer

Una plaza. En un costado, la estatua de un prócer. En el otro, un banco donde aparece, sentado, el personaje. Tiene 45 años. A su lado, una valija, no un portafolios, sino una vieja valija con algún remiendo, de las que se usan para llevar muestras.

Estimado prócer... (Se levanta.) No, no me mire así. No he venido a venderle nada...

Ocurre que hasta las dos y media no abren en lo de Dubcovsky Hermanos. Por aquí no tengo ningún otro cliente... y espero. ¿Qué voy a hacer?

Son las dos recién. Todavía faltan treinta minutos...

Mire, hoy, seguro seguro que algo van a comprar. Y son tipos éstos que del uno al cinco de cada mes... (Señas de pagar.) ¡Muy buena gente! ¿Usted no los conoce?

¡Pero sí!... ¡Si están aquí, al ladito de la plaza! ¿Tiene que conocerlos! Uno gordo... de campera... ése es José Dubcovsky. Ése es el que hace las compras. El otro se llama Marcos, es un petisito, rubio, que está siempre al fondo del negocio. ¡Cómo no los va a conocer!...

(Pausa.)

Bueno, pero a lo mejor usted... está pensando en otras cosas. Qué sé yo. Cosas importantes... la patria... la humanidad... No se interesa por ellos.

(Señalándose el pecho, casi con un gesto de desafío:)

¡Pero yo sí me intereso!

Oiga: Dubcovsky Hermanos: Villegas 429; Francisco Adad: Almafuerite 453; Bazar "La Flor de Lis", de José Álvarez: Rondeau 921. Pedro Flores... ¿Eh? ¿Qué me dice? ¿Ve? Todos en la cabeza los tengo. ¡Y no solamente la dirección! Le puedo dar, nombre por nombre, ¿sabe?, ¡nombre por nombre!, la fecha de su última compra, la forma de pago, si son morosos o no son morosos... Todo le puedo decir. Sí, todo. Hasta si son peronistas, radicales, socialistas, o lo que sea. Todo.

Sí, son mis clientes. Es el mundo en que yo ando todos los días, ¿entiende? (Lentamente, pensando lo que dice:) Todos los días. Uh... si lo conozco...

(Transición brusca.)

Usted no los conoce, ¿verdad? Claro, usted no puede pensar en ciertas cosas. Sería ridículo. Con esa prestancia que usted tiene (lo imita), esa barba... esa frente... Esa frente en donde sólo caben altos pensamientos... No, no puede.

Y sin embargo me gustaría, ¿sabe? Me gustaría verlo a usted metido en mi mundo. Aunque fuera por una semana...

(Pausa)

Ah... libros (acariciándolos), bonitos libros... ¿Usted nunca intentó leerlos en el 217? Es ese colectivo que para ahí, en la esquina de la plaza. Le sugiero que no lo intente. Es un poco molesto, ¿sabe? En el colectivo no se viaja solo. En el colectivo hace mucho calor, además. La gente lo empuja, lo aprieta, lo codea. A veces no hay ni lugar para apoyar los pies y falta el aire. Es sofocante, ¿sabe?

¡Y la valija! La valija que molesta por todos lados. ¡Y la otra mano que usted tiene que tener prendida ahí para no caerse! ¿Con qué mano va a tomar los libros entonces? ¿Me quiere decir?

Además... La cabeza siempre ocupada. ¡Eso, eso, eso, eso! ¡Siempre ocupada la cabeza! ¡No, qué humanidad ni qué niño muerto! ¡Cosas concretas! ¡Cosas urgentes, señor! Las ventas que hizo, por ejemplo. Las que podría hacer. Multiplica y le queda tanto de comisión. Entonces piensa que la semana es floja. Y que tiene que verlo a Fulano. Pero antes de las cinco porque después no atiende a los corredores. Y piensa que si Fulano comprara una docena serían... Y multiplica otra vez, y otra vez hace cálculos...

En fin, usted no puede imaginarse todo lo que piensa un hombre que está en la calle vendiendo.

Yo le digo que no piensa en otra cosa que no sean las ventas. Yo se lo digo. (Serio.) Yo, que a veces quiero pensar en otra cosa y no puedo. (Transición.) ¿Pero usted qué se cree? ¿Que yo nací con la valija en la mano o qué? ¿Usted no cree que yo antes era distinto?

Mire, cuando muchacho soñaba que llegaría a ser un gran hombre. No, no soñaba, estaba seguro. ¿Y todo por qué? Porque yo tenía una forma distinta de mirar las cosas, de mirar el mundo... qué se yo... una forma... meditativa. A lo mejor es ésa la palabra.

¿Cómo le podría explicar?...

Uh... ¿me permite? Una hormiga. Estaba por llegar a un sitio... inconveniente... (La toma y la deposita en el suelo.)

¿A usted nunca se le ocurrió preguntarse qué piensa la gente cuando ve esa hormiga, por ejemplo? A mí sí. Y me daba cuenta de esto: que la mayoría de la gente, al mirar una hormiga, inmediatamente pensaba en la verdura, la quinta y el hormiguicida. Tac, tac, tac. Una relación casi automática. Verdura, quinta, hormiguicida.

Bueno, a mí no me parecía mal que la gente pensara así. No, de ninguna manera. Yo decía: es la forma simple, la forma directa de entender las cosas.

¿Sabe en qué pensaba yo?

(Evocando, con absoluta, honda sinceridad:) Yo pensaba en el milagro de la vida...

(Pausa. Transición brusca.)

Entonces quedaban dos posibilidades. O yo era un estúpido, o tenía verdaderamente una forma distinta de mirar las cosas. Y como un estúpido aparentemente no era, entonces estaba convencido de que llegaría a ser un gran hombre. ¿Eh? Razonamiento lógico.

(Pausa.)

No, mi estimado prócer. Razonamiento nada lógico. Yo no soy un gran hombre. Por lo tanto era un estúpido. ¿Ha visto cómo cambia la conclusión? Hormiga, verdura, quinta, hormiguicida... ¡La sabiduría, mi estimado prócer!

Porque habrá de saber que el mundo no está hecho para la gente meditativa. Está hecho para gente de acción. Y al tipo que al mirar esa hormiga se le ocurre pensar en el milagro de la vida... Ese tipo... (lo bendice) está listo. Se lo digo yo.

Por eso yo ahora pienso en Dubcovsky Hermanos, Villegas 249, abre a las dos y treinta, encargado de compras: José Dubcovsky, paga del uno al cinco de cada mes. Categoría: muy

bueno.

¿Pero usted me comprende? No del todo, ¿verdad? Claro, ocurre una cosa. Ocurre que a los que les hacen una estatua no suelen ser tipos meditativos. Todo lo contrario. ¡Todo lo contrario!

Dígame, ¿qué le sugiere esta hormiga, mi estimado prócer? A no hacer trampa, ¿eh?

Mmmm... usted, por el aspecto... así, de hombre inteligente, debe ser de los que piensan en el hormiguicida. Sí sí sí, estoy seguro. Y eso está bien. Usted es un sabio. Yo lo felicito.

Si usted no hubiera pensado siempre así, ¿sabe qué estaría haciendo ahora?

(Toma la valija del banco.)

No, no se asuste. Esto no es una bomba. ¿Y le parece que yo tengo cara de terrorista? No...

Además -y me va a disculpar-. Yo no sé ni siquiera cómo se llama. ¿Para qué demonios le voy a poner una bomba?

No, no. Quería decirle que ahora estaría vendiendo aparatos de metal para vidriera.

(Gritándole:)

¡Aparatos de metal para vidriera!

No, no ponga esa cara. Hay trabajos peores, después de todo.

Es que la vida no le permite elegir mucho ¿sabe?

La vida lo agarra a uno por una oreja y le dice: ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Corra! ¡No pierda tiempo!

Porque en cuanto se queda quieto, atrás viene una cosa tremenda que lo aplasta. Y la vida: ¡Vamos! ¡Hoy, hay que pagar la olla, no mañana! ¡Hoy, hoy hay que pagarla!

Y entonces uno corre, corre para que eso que viene atrás no lo aplaste, corre desesperado, de cualquier manera, a medio vestir, con un pedazo de pan en la boca todavía, se cuelga de lo primero que encuentra...

Vida, ¿me permite un segundo? Yo quisiera recibirme de ingeniero porque...

-¡Ja, ja! ¡Ingeniero dice! ¡Corra, corra! ¿No ve que ya la tiene encima a esa cosa tremenda? ¿No ve que ya le está pisando los talones? ¡Corra! ¡Corra, le digo!

Y claro, tiempo para elegir no hay. Y uno no sabe cómo pero de pronto se encuentra vendiendo. Agujas para máquina, sacacorchos, bandejas de mimbre... Sí sí, todo eso yo he vendido. Y en carnaval, una vez, caretas, pomos y papel picado, de veras.

(Caviloso:) Y se llega a los cuarenta y cinco años y se encuentra vendiendo aparatos de metal para vidriera.

(Transición.)

Mire, se llega a vender aparatos de metal para vidriera por muchos motivos. Eso en apariencia. Pero en realidad hay un solo motivo. Uno solo. Es el de ponerse a pensar en el milagro de la vida en vez de pensar en el hormiguicida.

Usted no lo cree, ¿no? Pero es la verdad.

(Pausa.)

En fin... ¿qué hora es? Todavía faltan diez minutos. Seguro seguro que van a c... ¿A usted qué le parece? ¿Comprarán o no comprarán?

De todas maneras después me voy... (saca una libreta) me voy... me voy... a lo de Francisco Adad. Después tomo el colectivo y a eso de las cinco estoy en lo de Cataldi: Vallejos 2931, un poco duro de pagar pero paga. Me dijo que pasara más o menos para esta fecha, así que una docenita le voy a vender... Sí señor...

El colectivo se toma aquí, en la esquina de la plaza. Usted debe ver la cola siempre. ¡Uh... si sube gente aquí! A la salida del trabajo esto es un manicomio. Todos se apuran, reniegan, se apretujan en el colectivo, se pelean por nada. Parecen enloquecidos. ¿Usted se ha fijado?

(Pausa.)

¿O no se ha fijado?

¡No no no! Lo que le pregunto es importante. ¿Se ha fijado o no?

¿Sabe por qué es importante? Porque Buenos Aires es toda así, mi estimado prócer. Rostros malhumorados, cansancio, empujones, preocupación, apuro, calor, malabarismos con el sueldo, ¡qué sé yo! Eso es Buenos Aires. Ésa es la ciudad en donde usted está olímpicamente asentado, elucubrando sus altos pensamientos.

¡Altos pensamientos! Dígame, ¿usted cree, en serio, que la gente aunque quisiera podría pensar en esas cosas? ¡Por favor!

Mire, suponga esto. ¿Ve ese árbol? Es un hermoso árbol, ¿no es cierto? Grande... frondoso... acogedor... Parece el árbol de aquellas composiciones del colegio, ¿se acuerda? Da la sombra al caminante, da los frutos, da la madera, etcétera...

(Recitando:)

Es nuestro mejor amigo
muchas ternuras nos da
se pasa la vida dando
nunca se cansa de dar...

Prócer, ¡he allí un benefactor! Un auténtico benefactor de los hombres. Reverenciamos al árbol, prócer. (Lo reverencia.)

Bien, supóngase que ese árbol, ese magnífico árbol, en vez de crecer allí, libremente, lo hubieran obligado a crecer en un pedacito así de tierra, junto con otros cincuenta árboles. Es una suposición, claro.

¿Qué ocurriría entonces? Ocurriría que los cincuenta árboles estarían constantemente disputándose ese pedacito de tierra. Estarían luchando como fieras para vivir, para conquistar un poco de sol, para no morir aplastados por los otros, ¿entiende? ¿Usted cree que darían fruto? ¿Usted cree que podrían dar algo? No, no podrían dar nada. ¿Sabe por qué? Porque toda su fuerza, toda su rabia, ¿sabe?, la emplearían para sobrevivir, nada más que para eso.

¿Y sabe cómo mirarían esos cincuenta árboles, apiñados, raquíuticos, a ese árbol frondoso, solitario, magnífico? ¿Sabe cómo lo mirarían?

Como yo lo estoy mirando a usted ahora.

Pensarían: claro, a él le hacen las composiciones, él da, él siempre da, da la sombra, da el fruto, da la madera... ¡Ah... qué generoso...!

¿Y nosotros? ¿Qué somos? Somos pobres diablos, ¿no?, somos raquíticos, ¿no?, somos egoístas, ¿no? ¡Que venga ése a vivir aquí a ver si le siguen haciendo composiciones!

Vida, ¿me permite? Yo quisiera ser un árbol generoso. Sí, sí, quisiera dar mi sombra al caminante, dar mis frutos, dar mi madera a los hombres para... ¡Ja, ja! ¡Generoso! ¡Dice generoso! ¡Vamos, vamos! ¡Hay que robar un poco de agua para vivir!, ¡hay que abrirse camino aplastando!, ¡hay que quitar el sol a los otros! ¡Vamos, vamos!

Porque eso somos nosotros, estimado prócer. Eso somos, los pobres tipos, los egoístas, los que pensamos en Dubcovsky Hermanos en vez de pensar en la humanidad.

Vida, ¿me permite? Yo quisiera ser un benefactor de la humanidad...

(Ríe incontinentemente.)

(Serio, de pronto:)

Pero se necesita ser caradura para estarse ahí representando su papel de prócer, ¿eh? ¡Es algo increíble!

La gente corre, se afana, se desespera por vivir, piensa en las deudas, en el sueldo, en los zapatos, en la familia, en los clientes, ¡qué sé yo! ¡Y usted allí, por encima de todo!

¿Sabe qué es eso? ¡Eso es una insolencia, señor! ¡Sí sí sí, no me lo vaya a negar! Ser prócer es una insolencia. Ser un gran hombre es una insolencia. Es un insulto. Es como decir a la gente: ¿ven?, yo soy un prócer. Yo soy un gran hombre. Un benefactor de la humanidad. Yo estoy más allá de todas esas pequeñas cosas absurdas que a ustedes les preocupan y me doy el lujo de tener altos pensamientos. ¡Fíjense!

Porque es así señor. ¡Sus altos pensamientos son un lujo! ¡Un Cadillac último modelo! ¡Eso son sus altos pensamientos! Un lujo que se puede dar usted. ¡No nosotros, los pobres tipos que estamos aquí peleando por el tiempo y por el centavo!

¡Un lujo, señor! ¡Un insulto!

¡Váyase a bañar!

¡Abajo los próceres!

(Gritando:)

¡¡Abajo los próceres!!

(Le vuelve la espalda.)

(Pausa. Volviéndose para mirarlo detenidamente:)

Y mire que después de todo es una figura ridícula usted, ¿eh? Ese paso al frente... esa barba... esa mirada por las nubes... esa pila de libros... Yo no me explico cómo la gente no se detiene, lo mira un segundo y no lo hace pedazos. No me explico.

Porque usted está provocando, ¿no? Usted se está riendo de millones y millones de pobres tipos, ¿no?

¿Sabe? Ahora me gustaría tener una bomba en la valija. Le juro que se la arrimaría al pedestal, así, despacito despacito, encendería la mecha y... ¡bum!, lo haría saltar en pedazos con toda el alma.

O si no, ¿sabe qué haría? Lo obligaría a bajar de allí y vender aparatos de metal para vidriera.

¡Bájese! ¡Tome! ¡Aquí tiene mi valija! ¡Vaya! ¡Vaya a lo de Dubcovsky Hermanos! ¡Vaya!

Ah, se queda ahí, ¿eh? ¡Se está cómodo! Es lindo ser prócer, ¿eh? ¡Poca vergüenza! ¡Eso es lo que usted tiene!

(Pausa)

¡Huy, ya es la hora! Sí sí, ya están levantando la vidriera. ¡Adiós prócer! (Mientras se retira:) Me voy a lo de Dubcovsky Hermanos. Villegas 249. Paga del uno al cinco de cada mes. Categoría: muy bueno. Encargado de compras: José Dubcovsky. Vamos a ver qué pasa... vamos a ver... vamos a ver... (Sale.)

Un bombo que suena lejos

E hizo lo recto en ojos de Jehová
II Cron. 34,2

Este año no salimos. Me lo dijo el César. Y hacía morisquetas para no llorar. ¡Si será pavo!

Pero Los Divertidos salen. Te lo digo yo César. Te lo digo yo que soy el director. El sábado estoy mejor y salimos.

¿Qué? ¿No creés? ¿No ves que sos un pavo? ¿no ves Coco que éste es un pavo?

Pero el Coco se miraba los pies y no decía nada. Andaba como perdido, sin saber qué hacer en la pieza. Che Coco, ¿qué te pasa? ¡Che Coco!

El frío. ¿Por qué tiene que venir esto? El frío es como una mano que me agarra. Como un diablo que me dice: Estaré ahí, Barraza, no te muevas. ¡No quiero! ¡Sáquenmelo de encima al diablo! ¡Si yo estoy bien!, ¿no viste cómo bailaba Coco?

Tengo frío. En la ventana el cielo se está poniendo rojo. ¿Qué hora es? Hay que prepararse Coco. Avisale a todos.

El bombo. ¿Trajiste el bombo Coco?

Y el Coco se callaba la boca. Miraba el suelo.

¿Por qué Coco? ¿Por qué te callás la boca y andás como escondiéndote? ¿Vos Coco? ¿El mejor tocador de bombo? ¡Que no se diga!

Porque vos sos el mejor de todos. Sin vueltas. Cuando te dejamos solo hacés lo que querés con el bombo. La gente te aplaude. Se vuelve loca. Por la espalda, por abajo la pata. ¡Dale Coco! ¡Más fuerte Coco! ¡Más ligero! ¡Dale Coco!

Pero yo soy el director. Yo siempre fui el director. ¿No es cierto Coco? Este año, y el año pasado, y el otro, y el otro. Siempre.

La murga de Barraza, le dicen a Los Divertidos. Eso vos lo sabés.

Yo seré un negro atorrante. Está bien. Por ahí salgo con el carrito y vendo fruta. Por ahí changueo en lo que venga. Por ahí no hago nada. Te acompaño cuando vas a trabajar al Parque o me quedo jodiendo en el boxing-club. Una semana, un mes, lo que sea.

Pero en Carnaval soy el director. Soy Ovidio Barraza. La gente me llama, me conoce, me dice: ¡chau Barraza! Y me miran como embobados.

No soy un negro atorrante. Soy el director.

¡Coco! ¡No te quedés callado como un pavo! ¡tanto que me hacías reír en el Parque y ahora te quedás allí, quieto, como si tuvieras miedo o no sé qué!

¿Te acordás Coco? ¡Tres pelotas un peso! ¡Tírele al negro! Vos también sos un negro atorrante, sos mi primo. Sos un negro atorrante como yo. ¡Mucho Coco! Sacabas la cabeza por la lona y te reías. La cargabas a la gente. ¡Tres pelotas un peso! ¿Te acordás Coco?

Pero no le pegaban. El Coco sabía esquivar. Había aprendido en el boxing-club. Era bueno antes.

El Coco es el mejor tocador de bombo. El mejor de todos. Los Divertidos lo necesitan y él se viene. Pero no es lo mismo que yo.

Si yo le digo por ejemplo: este año no salimos. Él me dice: está bien. Y el César y mi hermano Julio, y todos se amargarían un poco pero al final dirían: está bien.

Pero yo no digo: ¡está bien! ¿Entendés César? Yo no digo: no salimos. Porque yo soy Ovidio Barraza. Soy el director.

¡Atención muchachos!

-Vos César, allí con el estandarte. Vos Coco, allí al costado. Vos Julio en el medio conmigo. ¡Ahora!

Y póngale y póngale y póngale nomás
y póngale y póngale y póngale nomás.

Y la gente nos hacía rueda en la esquina. Se apretaban para mirar. Venían de todos lados.

El Coco le pegaba al bombo y a los platillos. El César movía el estandarte. Bum... chs chs chs, bumm... chs chs chs.

Y los otros bailaban. Yo les había enseñado. Movían el cuerpo, los brazos, saltaban. Bumm... chs chs chs, bumm chs chs chs.

Y Julio me seguía, bailaba delante de mí. Pero yo en el medio. Saltando más que los otros, más alto, más ligero. Porque soy el director. Y nadie baila como Barraza, ¿no es cierto Coco?

Abría la boca, me levantaba en el aire, me doblaba, más alto, mucho más alto que los otros. Bumm... chs chs chs, bumm... chs chs chs.

Después levantaba el brazo y el Coco paraba el bombo. Todos se quedaban quietos. Me escuchaban.

Un pajarito entró
por el patio de un convento
qué contentas estaban las monjas
con el pajarito adentro.
Y póngale y póngale y póngale nomás,
y póngale y póngale y póngale nomás.

En la calle. Bajo el farol de la esquina. Viendo cómo los pantalones blancos y las levitas coloradas se sacudían en el aire. ¡Dale Coco! ¿Más fuerte Coco!

Tengo frío. En la ventana el cielo está rojo. Y el cielo tiene ruidos. Los pibes, un carro que pasa. ¿Por qué empiezan ya? ¿Por qué no esperan a Los Divertidos?

¡Carmen!

Los muchachos no están. Estoy solo. La pieza. Ese cajón con los remedios. Coco está trabajando en el Parque. El César no entiende nada.

¡Carmen!

Mi hermana está en la cocina. Oigo el ruido de la pileta.

¡Carmen!

Algo más para taparme, che, tengo frío.

El frío debe venir de ese cielo rojo. Se mete debajo de las cobijas. Hace mover la cama.

Pero el sábado estoy mejor y salimos. Te lo digo yo, César. Vos no entendés nada. Te lo digo yo que soy el director.

¡Atención muchachos!

Y cantábamos otra y otra. Todo el repertorio. Todas las letras que hice yo.

La gente se entusiasmaba y aplaudía y daba la plata sin fijarse. Porque Los Divertidos es la murga de Barraza. La mejor de todas.

¡Dale Coco! ¡Más fuerte Coco!

Y nos íbamos yendo en fila por la calle. Bailando. Julio delante de mí dando vueltas. El César moviendo el estandarte. Y los demás saltando, agachándose, bailando fuerte, mostrando resto ¡qué joder! Por algo somos Los Divertidos.

Y póngale y póngale y póngale nomás,
y póngale y póngale y póngale nomás.

Y de ahí a otro lado. Y de ahí al corso. Y a otro corso. Y al baile. Y otra vez en la calle. Cinco, seis, siete veces, ¡qué sé yo! Sin parar una noche. Sin aflojar. Porque Los Divertidos no aflojan.

¡Dale Coco!

El sábado, el domingo, chupando, cantando, bailando en forma. El lunes, el martes, meta y meta nomás. Entusiasmado a la gente. ¡Chau Barraza! ¡Chau pibe! Porque yo soy el director.

Al corso del Talar entramos por Argerich. La gente nos esperaba. Nos conoce bien. Es el corso nuestro. ¡Barraza!, me gritaban, pero yo no podía mirar. Tenía que atender a la murga. ¡No se separen muchachos! Y fuimos llegando al palco uno por uno.

¿Qué? ¿Ya estuvieron Los Revoltosos? ¿Los de Urquiza? Pero el premio es nuestro. Estate tranquilo. ¡Dale Coco!

Y el Coco nos hacía bailar más fuerte, más ligero. Porque el corso del Talar es el nuestro. Se jugaba entero el Coco.

Se quedó solo en el medio y todos nos quedamos quietos viéndolo tocar. ¡Dale Coco! ¡Mucho Coco!, le gritaban.

Por la espalda, por abajo la pata, por atrás del pescuezo. Hace lo que quiere con el bombo el Coco.

Estoy cansado Julio, no sé lo que tengo.

Las piernas me pesaban. Las luces me daban vueltas.

Salimos del corso y fuimos a tomar una copa. Tomé dos cañas. Después nos convidaron de las

mesas y tomamos vino. La gente se había amontonado en el café y nos pedía que cantáramos.

Pero a mí me dolía todo. Me pesaba el cuerpo.

Dale Coco. Y el Coco empezó a golpear el bombo despacito, para que fuéramos haciendo la rueda.

Estaba cansado. Ya era la cuarta noche. Pensé que casi no había comido. Chupado sí, pero comido casi nada. Ha de ser eso nomás.

Pero después entre la caña y el vino se me empezó a ir el cansancio.

¡Dale Coco! Ahora.
Un pajarito entró
por el patio de un convento

Las caras de la gente se me borraban. El bombo tocaba lejos, lejos.

Qué contentas estaban las monjas

La voz me parecía de otro. Julio me preguntó: ¿qué te pasa?

Con el pajarito adentro...

¡Solo Barraza!, me decían. Y yo bailé. No lo sentía al cuerpo. Me agachaba, saltaba en el aire. Más alto, más arriba que todos. Para eso soy el director. La gente aplaudía. Alguien dijo: es bueno el negro.

¡Y claro que somos buenos! Somos Los Divertidos. Los mejores.

El premio es nuestro. Estate tranquilo Julio. No tienen nada que hacer Los Revoltosos.

Y póngale y póngale y póngale nomás,
y póngale y póngale y póngale nomás.

Toda la noche. Hasta la madrugada.

Fue recién al volver. No sé que me pasó. Estaba muy cansado. Tenía frío. En eso sentí como un ahogo y me agarré a Julio. Me metieron en el camión y me llevaron.

Las luces eran espejitos de colores que pasaban volando allá arriba.

¿Adónde van las luces Julio?

La levita colorada agarrándome la frente. Y un zumbido largo, largo, contra el brazo de Julio. Un algodón que me tapaba los ruidos.

¿Dónde quedaron los muchachos? Mañana a las cinco en casa, ¿oíste?

Eso me llenaba la boca, que me ahogaba.

El camión metiéndose en calles conocidas. La música de un baile. Las gomas chillando al pegar las vueltas. Los árboles de la plaza de Devoto.

Julio, ¿qué te dijeron en el hospital? Yo no entiendo eso.

Hoy lo oí al de la asistencia. ¿Qué quiere decir?

¡Está loco el tipo! El sábado estoy mejor y salimos. Se lo digo yo doctor. Usted no entiende nada, ¿me oye?

La ventana está roja. Como si tuviera fiebre.

Y sin embargo me manda el frío mezclado con las voces de la calle. Y entre las voces... sí sí, ¡un bombo! ¿Quién toca el bombo ahora? ¡Coco! ¡Coco!

Pero el Coco no es. Está trabajando en el Parque. Y yo estoy aquí. El frío me agarra, no me deja mover. ¡El bombo! ¿De dónde viene el bombo?

¡Coco! ¡Vos saliste solo! Estás tocando en la esquina y la gente te aplaude. ¡Dale Coco! ¡Más fuerte Coco!

No no no. Coco se miraba los pies y no sabía qué hacer aquí. Y el César hacía morisquetas para no llorar.

Julio, ¿qué quiere decir galopante? Yo no entiendo nada Julio. Yo no me voy a morir. Porque yo soy el director. ¿No es cierto Julio?

Tengo frío. Las cosas me miran y tampoco entienden nada. Me dejan solo.

¡Julio! ¡Julio!

No quiero estar solo. Por la ventana llega el cielo y me trae el frío. El bombo suena lejos. ¿En qué barrio? Pero viene por el aire y se mete en la pieza.

Hacelo callar Carmen. ¡Andá vos Coco! Sacale el bombo de la mano. Mostrale lo que sabés hacer. ¡Dale Coco! ¡Más fuerte Coco! ¡Más ligero!

Un pajarito entró
por el patio de un convento
qué contentas estaban las monjas
con el pajarito adentro.

No soy un negro atorrante. Soy Ovidio Barraza. Soy el director.

La ventana está roja. Toda la pieza está roja.

¿Por qué no decís nada Coco? ¿De veras pensás que estoy listo? ¿Es cierto Coco? ¿Es cierto que me voy a morir?

¡Vamos a buscarlo al bombo! ¡Vamos a toparnos! Yo soy el director y me paro adelante. ¡Dale Coco! ¡Más fuerte Coco!

Por la ventana roja. El frío que viene del cielo.

Acercate Coco. Dame la mano. Te acordás cuando sacabas la cabeza por la lona. Pero no te pegaban. Sabías esquivar.

Lloro sí. Lloro porque el Carnaval se me escapa. Es un bombo que suena lejos, en otro barrio. Y yo no puedo correrlo.

¡Dale Coco! ¡Correlo vos Coco!

Los Divertidos no salen. Los Divertidos están mirando esa ventana roja por donde se mete el frío.

Y el frío viene mezclado con los golpes de un bombo. Pero no es el tuyo Coco. Es otro bombo.

¡Chau Barraza! Y yo levantaba la mano para saludar.

Decíselo vos Coco. Decile a la gente. El negro Barraza muere en su ley. Muere el director de Los Divertidos. No un negro atorrante.

Decíselo vos Coco.

¡Dale Coco! ¡No parés Coco! ¿No ves que la ventana se pone negra? ¿No ves que se está tapando el cielo?

¡Dale Coco! ¡Más fuerte Coco!

El príncipe, la princesa y el dragón

Es un mediodía tibio y luminoso de setiembre cuando a Ricardo Estévez se le ocurre, de pronto, la palabra miseria. Ningún hecho concreto que la justifique, ninguna asociación de ideas más o menos razonable. Simplemente la palabra miseria saltándole en su pensamiento como una pelota de goma o una luz de bengala.

Entonces, Ricardo Estévez, que está caminando un poco cabizbajo, y también un poco encorvado, por la calle Murguiondo, en dirección a Avenida del Trabajo, se pone a deletrear, así, minuciosamente, calmosamente, esa palabra, casi hasta sentir en su boca todo su viejo, empalagante sabor. Y se admira, realmente se admira, de cómo una palabra, una sola palabra, puede resumir con maravillosa exactitud, toda la opinión que Ricardo Estévez tiene de sí, del mundo, de la vida. Y, hasta cierto punto, su hallazgo le provoca una especie de acre y humillante regocijo.

-Porque, vamos a ver -piensa, mientras cruza la calle Echandía y echa una ojeada hacia Murguiondo para ver si se acerca su colectivo-, vamos a ver qué otra palabra, frase, discurso o lo que diablos sea, puede expresar mejor este lindo resultado de durar, sí señor, de durar, de subsistir como un... (y vagamente señala los adoquines, los ladrillos envejecidos de algún muro, algún papel sucio, atascado en una boca de tormenta). Y como sin querer ha hecho un extraño gesto con la mano -una especie de ademán de recitador escolar- y le parece que una señora que está echando llave a la puerta de su casa lo mira como a un bicho raro, se siente inmediatamente avergonzado, y prosigue su camino tratando de adoptar un aire de compostura y de aplomo.

¡Pero qué compostura ni qué aplomo! Ricardo Estévez, que justamente ayer ha cumplido cuarenta y siete años, y que hace sólo cinco minutos se hallaba concienzuda y melancólicamente entregado a sus habituales preocupaciones acerca del sueldo, de la familia, de su tos tabacal, de la mensualidad del banco, de la hepatitis crónica, etc. (todo eso en medio de un dolor de cabeza y de un malestar al hígado que le provoca náuseas) ha oído -bajo juramento se puede afirmar que ha oído- esa palabra, la palabra miseria, como venida desde afuera, como si ella estuviese calificando globalmente e inapelablemente toda su vida, cayendo de golpe sobre sus pensamientos como un gato sarnoso arrojado en medio de un jardín.

Y, naturalmente, el sueldo, la familia, la mensualidad del banco, etc., junto con su dolor de cabeza y su malestar al hígado, se le aparecen de pronto bajo una luz tan opaca y miserable que sus hombros se hundan un poco más, y sus manos gesticulan vagamente como explicando, como disculpándose, como tratando tal vez de quitarse de encima esa cosa que lo aprisiona, que se le adhiere al cuerpo y a la ropa como una jalea.

Para colmo, al pasar frente a la librería y juguetería que hay en la cuadra siguiente a su oficina, ha mirado de reojo la vidriera, y ha visto. ¿Qué ha visto? En primer lugar, su propia imagen: un individuo flaco, macilento, casi calvo, que lo mira entre imbécil y malhumorado, desde atrás de sus anteojos. En segundo lugar... un príncipe. Pero así: un joven príncipe de rica vestidura azul y empenachado yelmo que, montado en un caballo blanco, arremete, espada en mano, contra un horripilante dragón, mientras una princesita de largas trenzas rubias lo observa desde lo alto de una torre. Y todo esto, como una burla, como una insidiosa burla de su destino, sobrepuesto, metido en su propia imagen, a media altura entre el pecho y el abdomen, en la tapa de un libro expuesto en la vidriera del negocio.

Ricardo Estévez cree de pronto comprender el significado de esa burla, de esa jugarreta infame de su destino. A su vida gris, monótona, estúpida, sin acontecimientos, a aquél, a su destino, se le ha ocurrido enfrentar (¡ah, pero con cuánta malicia!, ¡con cuánta refinada crueldad!) ese mundo prodigioso, rico, colmado de aventuras. Como si alguien, valiéndose de uno de esos trucos mágicos del cine, hubiera querido proyectar juntos, sobrepuestos en un mismo plano, los sueños maravillosos de la niñez, y la imagen de una mezquina, agobiante realidad.

Ricardo Estévez soporta entonces la burla; admite que sí, que efectivamente, su existencia es opaca y estúpida hasta el punto que se la quiera imaginar; que la palabra miseria, aparecida sibilamente en medio de su pensamiento, se presta de un modo admirable para definirla; en fin, que un tipo, cuyos afanes y preocupaciones van de la mensualidad del banco al sueldo, y del sueldo a la hepatitis crónica, no se lo puede calificar de otra cosa que de mísero o de estúpido.

-Es así -admite-, pero... (y aquí insinúa una especie de defensa, no se sabe bien si ante el autor de la jugarreta, ante sí, o ante el príncipe azul) pero ocurre, mi estimado señor -dice-, ocurre que el mundo en el cual me ha tocado vivir es también espantosamente estúpido y espantosamente miserable. Ya no existen dragones, estimado señor, y tampoco existen princesas encantadas, ni príncipes dispuestos a...

Y empieza así, como sin querer, uno de esos maniáticos, empecinados y silenciosos discursos que, a fuerza de aburrimiento, de neurastenia y de timidez, se han venido haciendo cada vez más frecuentes, casi habituales en él, sobre todo durante los últimos años. Un formalísimo discurso, el de ahora, acerca de las lamentables condiciones en que se desarrolla su vida, y acerca de las ningunas posibilidades que jamás ha tenido para mostrar el "verdadero fondo de su espíritu", que tal vez sea -dice, y ¿quién puede afirmar lo contrario?- imaginativo y audaz, y tal vez ha estado siempre y esté aún dispuesto a acometer las más temerarias aventuras...

-Porque no se trata de andar por esos caminos del mundo, pibe -continúa-, y ahora es evidente que se la está tomando con el príncipe-, no se trata de andar por los caminos del mundo, despreocupado y feliz, montado en un caballo blanco, y a la espera de princesitas que desencantar y dragones que combatir; se trata, mi querido, de soportar con un mínimo de dignidad una vida, en la cual lo más horrible, lo más espantoso, es que nunca pasa nada. Se vive, se dura, se aguanta en alguna forma hasta que se puede aguantar y ya está. ¡Ah!, sí, claro que para pelear con un dragón hace falta coraje, decisión y todo lo demás, estoy de acuerdo. Pero yo te pregunto: para combatir diariamente, ¿entendés lo que te digo, pibe?, diariamente, contra un ejército de hormigas o de bichos babosos, ¿qué es lo que hace falta?

Y así, continuando su especie de arenga, llega, de razonamiento en razonamiento, a pretender demostrar (al joven príncipe, según parece) que él, el príncipe, con todo su arrojo, su linda pluma azul y sus poéticas hazañas, no es más que un afortunado mortal, algo así como un chico mimado (un pibe con suerte, le dice) al cual el destino ha querido facilitarle las cosas, colocándole bonachonamente en su camino princesitas y dragones, en lugar de jefes con mala leche, sueldo que no alcanza, hijos que mantener, dolor de cabeza, malestar al hígado, etc., enemigos tanto más terribles y más poderosos cuanto que el combatirlos no produce gloria ni recompensa sino solamente cansancio, lástima de sí mismo y, por si fuera poco, en el fondo, muy en el fondo, una viva, dolorosa nostalgia por esas portentosas aventuras, las cuales, justamente por esa decisión arbitraria del destino -y eso es lo doloroso- le estarán para siempre vedadas.

...pero que uno, pibe, se sabe capaz, entendeme bien lo que te digo, capaz de acometer y llevar a buen fin, como vos o como el más valiente y emplumado de los caballeros, ¿no lo creés?

Y quién sabe a dónde hubiera ido a parar con todo eso si no fuera que en ese momento se está acercando a la esquina del matadero y ve, al extremo de la calle, el familiar color marrón y verde de su colectivo. Entonces se olvida instantáneamente de su discurso, se dedica a hurgar el fondo de los bolsillos en busca de las monedas para el viaje y se dispone a ubicarse dócilmente en la fila. Pero como al palpase el saco nota que se le han acabado los cigarrillos, decide demorarse unos segundos, y acercarse hasta el quiosco que está allí, en la esquina, a pocos pasos de su fila para comprarlos (primer detalle).

Mientras repite varias veces su marca -el viejo del quiosco, caramba, parece un poco sordo- y mientras espera, además, que le entreguen el vuelto -el viejo del quiosco no termina nunca de contar las monedas- el colectivo se ha mandado mudar, y a Ricardo Estévez no le queda más remedio que suspirar y esperar el otro (segundo detalle).

Son las doce en punto del mediodía. Un viento tibio balancea blandamente los árboles. La calle entera vibra de luz, bajo un cielo azul, purísimo, sin una nube. Aspira fuertemente el aire: es un aire vivo, denso, cargado de ese olor animal que llega de los corrales cercanos y que lo envuelve como un enorme aliento.

Se ubica frente al cordón, enciende un cigarrillo y, entrecerrando los ojos para protegerse del sol, se pone a mirar distraídamente la calle, la esquina. Nada de particular: hay tres muchachos en la puerta del café, hay un hombre con traje marrón, y hay una chica con guardapolvo blanco. Están: el cielo, los árboles, dos mujeres que hablan entre sí, un auto que pasa lentamente junto al cordón, un grupo de peones del matadero, allí enfrente, un vigilante que compra el diario en el quiosco.

¿Nada de particular? Y no, verdaderamente, nada de particular: el vigilante le grita chau al viejo del quiosco, trota hacia el otro lado de la calle agarrándose la cartuchera, trepa a un ómnibus y se va; algunos de los peones cruzan y vienen hacia el café; el hombre de marrón, que está parado a un metro de la chica de blanco, le habla casi sin mover los labios, y la chica -nueve o diez años a lo sumo- le contesta si mirarlo, con la mirada fija, en cambio, hacia el extremo de la calle; los muchachos bromean en voz alta; el viejo del quiosco cabecea de sueño; el auto vuelve a pasar lentamente muy cerca del cordón. Ve que es el mismo auto.

Ricardo Estévez empieza a barruntar algo, algún detalle, tal vez un poco... un poco extraño, pero quiere, a toda costa quiere convencerse de que no, de que no ocurre nada de particular, de que a lo mejor su imaginación, o el sol, o el dolor de cabeza, le están haciendo ver..., bueno, ver cosas que realmente... Pero, ¡cómo podría ser de otro modo! ¿Acaso no están ahí los muchachos, apoyados en la vidriera, riéndose fuerte, bromeando? ¿No están ahí las mujeres hablando como siempre? Y los peones del matadero, ¿no han pasado casi junto al hombre de marrón antes de meterse en el café? ¿Será posible entonces que sólo él pueda ver, no, ¡qué ver!, adivinar, intuir oscuramente eso que -algún recóndito sentido se emperrea en decírselo- está sucediendo en la esquina? Y será posible que nadie, ni los muchachos, ni los peones, ni las mujeres, ni el viejo del quiosco, nadie sino él, alcance a percibir nada, lo que se dice nada?

Ricardo Estévez, inquieto, tembloroso, ha dejado escapar el segundo colectivo. Recostado contra la pared, simulando esperar no sabe bien qué cosa, se pone a observar al hombre de marrón: es un tipo de aspecto realmente siniestro, ¿cómo no se dio cuenta antes?, puede distinguir su frente estrecha y abultada sobre los ojos, y los ojos pequeños, turbios, con algo así como unas lagañas en el ángulo interior, la piel oscura y la pelambre abundante, la nariz y la boca como de macho cabrío, y las manos anchas, fuertes, velludas. Se lo siente poderoso bajo su traje marrón, con algo de animal en su mirada y en su porte...

Bueno, sí, está bien, todo lo siniestro que se quiera, pero, de todos modos, ¿no estará viendo un poco de más? ¿No estará exagerando las cosas porque sí? El hombre se paró allí, cerca de la chica, eso es cierto, pero ¿no habrá sido por pura casualidad? ¿Y le estaría hablando a fin de cuentas, o simplemente le habrá parecido?, ¿se lo habrá imaginado a fuerza de, qué se yo, de temer, de desconfiar? ¿Y lo del auto? Lo del auto, ¿no pudo haber sido una coincidencia y nada más? ¿Es tan extraordinario, después de todo, que un auto pase dos veces por el mismo sitio? No hay que tomar las cosas...

Pero no, no; le habla, evidentemente ve que le habla, sí, y de una manera particular, insinuante. No es la forma común, hay que admitirlo, de dirigirse a una chica, a una criatura casi. Hay algo de ambiguo, algo de repugnante en la actitud del tipo, y de esto puede darse cuenta cualquiera.

Además... además el auto ha vuelto a pasar, muy despacio junto al cordón, y no es coincidencia, no es coincidencia entonces. Ricardo Estévez ha visto, o ha creído ver, una seña casi imperceptible del hombre de marrón al hombre que maneja el auto. Y ve también cómo el auto, por tercera vez, sigue su camino, lentamente, pero sin detenerse.

Tiene entonces como un relámpago de repentina lucidez y recuerda cosas, cosas oídas quién sabe cuándo, viejas historias turbias, aterradoras, difíciles de creer, alguna noticia perdida en algún diario, algún terror lejano de su niñez; y percibe de pronto y con absoluta claridad dos hechos: primero, la presencia, la viviente y palpable presencia de un mundo oscuro, inconfesado, terrible, casi se atreve a llamarlo demoníaco, sin cabida hasta hoy en su mundo (gris sí, mísero sí, pero claro, entendible, Dios mío, terrestre, hecho a su medida de hombre). Mundo subterráneo que irrumpe violentamente en su propio mundo como vomitado desde las tinieblas. Y segundo: que él, Ricardo Estévez, evidentemente, y también un poco sorprendentemente, el único que lo ha percibido y lo ha reconocido a ese mundo, es quien debe intervenir, hacer algo.

Siente entonces un extraño hormigueo en las rodillas y en las manos. El corazón le golpea con fuerza. Súbita y milagrosamente se ha curado de su dolor de cabeza y de su malestar al hígado. Todo su cuerpo (¿pero no era decrepito?, ¿no era miserable?) está como en tensión, excitado, dispuesto no sabe bien todavía a qué. ¿Miedo?, sí, tal vez un poco de miedo, no lo niega, pero eso no cuenta mucho ahora, porque ha visto al hombre de marrón que se ha acercado un poco más a la chica; le habla y, de tanto en tanto, mira en la dirección por donde se acercará el auto. Todo de manera sutil, simulada, casi sin gestos; hasta el punto que ninguno de los que están allí alcanzan a darse cuenta de nada. Ricardo Estévez los mira y los vuelve a mirar como esperando un milagro, como esperando que, de un momento a otro, se rompa ese misterioso encantamiento que les impide ver eso que él, que sólo él, con una agitación que va en aumento, está viendo.

Pero ve que el viejo del quiosco se ha dormido, y que los muchachos en la vidriera del café siguen charlando, fumando, mirando desaprensivamente hacia la calle. Tal vez podría acercarse a ellos, hablarles, explicarles, y entonces todo sería más fácil, más lógico. Casi está por hacerlo cuando se detiene de golpe. Y... si éstos también fueran... -alcanza a pensar mientras los mira aterrorizado, y oye a sus espaldas el ronroneo apagado de un motor.

Se da vuelta y sí, es el auto que vuelve. Por eso el hombre de marrón se ha acercado a la chica casi hasta rozarla con el hombro. ¿Y ella? ¿Pero será posible, esta tonta, que no atine a nada, que no grite, que no se defienda? Se queda allí en cambio, como aturdida, como hipnotizada. Es... es algo raro, tortuoso, algo que a Ricardo Estévez le provoca una sensación de asco y de espanto al mismo tiempo. Una serpiente... -piensa- así deben hacer las serpientes para hipnotizar a los pájaros. Imagina los movimientos lentos, sinuosos, la malla invisible que los va aprisionando hasta dejarlos totalmente inmóviles, sin defensa.

Ve el auto que viene marchando lentamente junto al cordón. Tiene la portezuela de adelante abierta. Ve cómo, el hombre de marrón, con un solo y firme movimiento, medido y enérgico, la acerca, la arroja casi contra la portezuela.

No se puede explicar cómo, pero Ricardo Estévez se encuentra junto al hombre de marrón, agarrándolo de un brazo, gritando, intentando malamente golpearlo.

La chica se separa bruscamente del auto, y huye corriendo en dirección a Echandía.

Recién entonces siente el brazo del hombre de marrón entre sus manos: un brazo ancho, firme, nervudo. Ve su mirada animal fulminándolo con rabia, y casi espera, ésa es la verdad, casi espera, mientras intenta unos golpes torpes, ineficaces, que el otro se le abalance para castigarlo ferozmente, para estrangularlo, para matarlo.

Pero en cambio no, con sorpresa ve que el otro no responde a sus golpes, que lo mira durante una fracción de segundo, y mira al auto con impaciencia, y tiene un momento de vacilación, hasta que, con un empujón violento, lo desprende fácilmente de sí, lo lanza como a un muñeco. Ricardo Estévez siente chocar con fuerza su espalda y su nuca contra el tronco de un árbol. Dolorido y mareado todavía alcanza a ver cómo el hombre de marrón se dirige rápidamente hacia el auto; ve cómo apoya un pie en el estribo, y se agacha, y se toma de la portezuela como para subir.

Pero bruscamente se vuelve y se le acerca. Trae -recién cuando lo tiene encima puede verlo- un pequeño cuchillo en la mano.

Ricardo Estévez siente el dolor del puntazo en el vientre, sólo unos segundos antes de ver cómo el auto se aleja, no a mucha velocidad, por Avenida del Trabajo.

Todo fue increíblemente rápido. Tanto que nadie, ni los muchachos que estaban allí, a pocos metros, se han dado cuenta de nada.

Recién cuando se desliza hacia el suelo, apoyado contra el árbol, apretándose el vientre con las manos, algunos, con curiosidad, se le acercan. Apenas con tiempo para oír cuando, pálido, muy pálido, pero sonriendo, antes de desmayarse alcanza a murmurar:

-¿Has visto, pibe?

El cielo entre durmientes

Ni un alma por la calle. Como si el sol de la siesta cayendo a pique y después derramándose por todos lados, hubiera empujado a bichos y gente a quién sabe qué escondidos refugios, adonde el sol no puede penetrar, pero ante los cuales se queda montando guardia, rabioso y vigilante como un perro en acecho.

Por la calle vamos Ernesto y yo. Hace cinco minutos, un silbido me arrancó de la sombra de la glicina y me mostró entre dos pilares de la balaustrada un rostro enrojecido y contento. No hubiera sido necesario que me dijera "¿salís?" con un grito breve y exacto como un pelletazo. Yo lo estaba esperando, o mejor dicho yo estaba esperando un pretexto cualquiera para dejar aquella modorra del patio adonde me llegaban ruidos lejanos e incitantes entreverados con el aleteo de algún mangangá.

Por eso no le contesté nada y en seguida estuve con él en la puerta. Se sabe que saldríamos a caminar. Ernesto es así y nuestros doce años no soportan otras tratativas que ese "¿salís?" liso y directo viniendo de un mechón caído sobre los ojos, de una transpirada camiseta amarilla y de unas ganas de hacer muchas cosas que le brillan en la mirada.

Un saludo "¿qué hacés?" y caminamos. El agua de la zanja, un agua barrosa, oscura, caliente, cubierta de protuberancias verdes como el lomo de un sapo, se agita por momentos a impulso de invisibles zambullidas o respira a través de unos globos lentos, pesados, que levantan nuevas ampollas en su pellejo y hacen un extraño ruido de glogloteo como si ya estuviera por soltar el hervor.

Caminamos. La tierra quema en los pies y es lindo sentir ese mordisco cariñoso, de cachorro, con que la tierra nos juguetea por las pantorrillas. Pero más lindo es no sentir nada de eso, sino esas ganas locas de meterse en la tarde como en una selva. ¿No es cierto, Ernesto?

Caminamos. Un aguacil grande y rojo viene a despedirnos, pasa zumbando a nuestro lado y siguiendo la línea de yuyos que bordea la zanja llega hasta el puente de la esquina y vuelve volando a toda máquina amagando un encontrón. - ¡A que no lo agarrás!

Caminamos. Las cuadras del barrio quedan atrás. Los paraísos se cambian en plátanos y después otra vez en paraísos. Flechillas, lenguas de vaca, huevitos de gallo. Esta es otra zanja, no la nuestra. ¿Habrá ranones por aquí?

Caminamos. ¡Aquella montaña! ¡A saltarla! La sangre nos golpea en el pecho y en el rostro. La vida es una alegría retenida en los músculos y es ese olor a sol, a sudor y a piel caliente que viene de la ropa de Ernesto.

Caminamos. Ernesto sabe de muchas cosas. De trabajos, de aventuras, de casas abandonadas y de extraños nombres de calles. Mientras caminamos me habla. Me cuenta un disparate y yo me río. Me río como un loco. Me río tanto que Ernesto se contagia de mi propia risa y empieza a reírse él también. Le salen lágrimas de los ojos, se aprieta el costado, no puede parar. Yo lo miro y me da más risa todavía verlo reír. Caminamos tambaleantes, empujándonos, atorándonos de risa. La risa se nos atropella en la boca, nos crece incontenible por todos lados, nos acompaña por cuadras y cuadras esa risa sin por qué, como si una bandada de gorriones enloquecidos nos estuviera siguiendo.

La esquina. Otra cuadra. La risa. Ladridos detrás de un alambre. Otra cuadra. Magnolias, jardines, postes del teléfono. Otra cuadra. Las alpargatas de Ernesto levantando el polvo en las veredas. Otra cuadra. El cielo, la soledad de la siesta, el silbido de una urraca. Otra cuadra, otra cuadra...

Apoyo de pronto mi mano en el hombro de Ernesto y señalo el terraplén del ferrocarril. -¡A ver quién llega primero!

Salimos como balas. Una ametralladora de pasos y el crujido de los terrones resecos. Oigo el jadeo de Ernesto y apenas veo su camiseta amarilla pegada a mi costado. Me pongo enormemente contento cuando dejo de verla y cuando siento que el jadeo va quedando atrás. Apenas por un par de metros, pero llego primero arriba. Y desde arriba lo miro triunfante.

Ernesto tiene la cara negra de tierra y un sudor barroso le forma ríos en la nuca y la espalda. Yo debo estar igual porque en la manga que me pasé por la frente queda una gran mancha negra y húmeda.

A Ernesto se le ocurre caminar por la vía y vamos pisando los durmientes o haciendo equilibrio sobre los rieles. Lo más lindo son los puentes. Cuando allá abajo vemos la calle entre los durmientes deslizándose como un río. Algunos son muy altos y hay que pisar bien para no caerse. Yo camino despacio, aparentando indiferencia, pero sintiendo en todo momento un ligero vértigo que me obliga a clavar la vista en mis pies, a calcular cada pisada, hipnotizado por ese lomo de tierra que se mueve sin cesar debajo mío.

Ernesto, en cambio, se mueve con maravillosa soltura. Me habla, grita, se da vuelta, corre... Es imposible seguirlo. Anda por ese andamiaje de hierro, madera, viento y cielo como por el patio de su casa. No digo nada, pero pienso que estamos a mano con lo de la carrera.

Llegamos a un puente de poca altura y como viene un tren decidimos verlo pasar desde abajo. Descendemos la pequeña cuesta y nos ubicamos a un costado del puente. Oímos el bramido del tren que se acerca y luego un ruido infernal que hace trepidar toda la tablazón. Las vías parecen curvarse bajo las ruedas. Un pandemonio de vapor, chispas, truenos y aullidos que nos sacude hasta las entrañas. La verdad, sentimos un poco de miedo y deseamos que venga otro tren para reivindicarnos.

Las vías pasan a menos de tres metros sobre la calle. Con un buen salto es posible alcanzar los durmientes y colgarse de allí como de un pasamanos. La idea surge como una pedrada y casi de los dos a un tiempo. Quedarnos colgados cuando pase el tren.

La tarde es un desierto de sol y tierra enardecida.

El cascabeleo de algún lejano carro de lechero y el canto metálico de la cigarra no cortan el silencio, sino que lo hacen más denso aún, más expectante.

Esperamos el rumor que nos anuncie la llegada de un tren. Los minutos transcurren lentos en el calor sofocante del reparo que forman las paredes del puente. Se mastica un yuyo o se sube de vez en cuando a mirar el reverbero distante de las vías.

-A no soltarse, ¿eh?

-No, a no soltarse.

De pronto llega. Es apenas un murmullo perdido entre cien murmullos iguales, pero para nosotros imposible de confundir.

Con cierta parsimonia nos preparamos. Frotamos las manos en la tierra, ensayamos un salto, otro salto. Subimos a verlo, ya está cerca.

Tomamos posiciones.

- ¡Cuando yo diga saltamos!

El silencio, avasallado ahora por aquel torrente que se agranda y se agranda. Nos miramos y miramos los durmientes allá arriba.

-A no solt...

- ¡Ahora!

Me falla un salto. Al segundo estoy arriba balanceándome todavía por el impulso. Ernesto ya está allí, firmemente prendido. Me guiña el ojo. Quiere decir algo, pero no lo escucho porque un ruido ensordecedor me oculta sus palabras. -¿No quemará la locomotora?-. Ya viene. Allí está. Hierros, fuego, vapor y un ruido de pesadilla.

No sabemos cómo fue. Cuando queremos acordarnos los dos estamos a diez metros del puente, mirando cómo los últimos vagones se deslizan haciendo oscilar las vías.

La tarde se nos acuesta entera encima de los hombros. Nos acercamos al puente, cabizbajos, avergonzados.

-¡Vos te soltaste primero!

-¡Tenías una cara de miedo vos!

Otra vez el silencio. La sierra sinfín de la cigarra nos chista y se ríe de nosotros. Estamos agitados, desfigurados por el calor y la excitación pasada.

-Si vos te quedabas, yo me quedaba...

-Yo también, si vos te quedabas, yo me quedaba.

Nos tiramos al suelo para esperar otro tren. La tierra pegándose a la piel mojada. El reverbero de la calle o quizás las gruesas gotas de sudor que me empañan la vista. Ernesto hace garabatos con una ramita.

Y el tiempo que se desliza silencioso sobre las vías como un tren infinito formado por el latido de nuestros corazones.

La cigarra. Un gorrión con el pico entreabierto y las alas separadas. Los ladrillos del puente y allá a lo lejos una pared blanca que nos saluda como un pañuelo.

-Un, dos, tres... (Antes de que cuente veinte aparece), cuatro, cinco...

Silencio. Las voces de la siesta.

Ahora sí. Es un tren este. El rumor lejano pero inconfundible. Nos ponemos de pie. Ninguno dice una palabra. El temor de soltarse y la decisión de permanecer hasta el fin. El contacto de la tierra caliente en las palmas de las manos.

-¡Cuando yo diga!

El ruido que crece segundo a segundo. Ernesto se agazapa para saltar. -¡Ahora!, digo, y salto con todas mis fuerzas.

El ennegrecido durmiente queda aprisionado entre mis manos. A un metro de mí, Ernesto se columpia en el suyo.

El ruido ensordecedor. La cara roja de Ernesto entre sus dos brazos en alto. Su camiseta amarilla y su pelo caído sobre la frente.

Terremoto de hierro, vapor y chispas. El ruido infernal. El puente que se hunde con el peso del tren. Un miedo espantoso. Pero estamos colgados todavía.

Me doy cuenta de que estoy gritando a todo lo que doy. Ernesto también grita y patalea y me mira gritando y pataleando como un loco.

El tren no termina nunca de pasar. Las ruedas a medio metro de las manos. Una montaña encima de mi cabeza. El calor, el ruido, Todavía no sé si voy a quedarme hasta que pase todo. Y grito para darme coraje y también porque es necesario gritar. Lo veo a Ernesto congestionado, enloquecido, con las venas del pescuezo hinchadas por los gritos y por el esfuerzo.

Gotas de sudor se me meten en la boca. –No doy más, me quedo hasta que se quede Ernesto. – No doy más, me quedo hasta que se quede Cacho..

¿Cuánto faltará todavía? La cara de Ernesto gesticulando y escupiendo sudor. Sus piernas tirándome patadas. ¿Cuánto faltará todavía? Grito y lo pateo para hacerlo bajar. ¿Cuándo faltará todavía? El ruido. La vibración del puente metiéndose hasta los tuétanos. ¿Cuánto faltará todavía? Los sesos a punto de estallar. Borrachera de ruido, calor, alaridos y miedo. ¿Cuánto faltará todavía?

* * *

Algo dulce que nos acaricia los brazos. El tren que se aleja y el cielo azul a pedazos entre los durmientes.

El silencio que crece de la tierra. El silbido lejano de la locomotora.

Seguimos colgados y nos miramos sonriendo.

La tarde canta en la voz de las cigarras.

¿Te acordás Ernesto, cómo cantaba?

Un molesto ruidito a sus espaldas

Mejor morirse antes que verle la cara a "questa putanaccia", dijo y pedaleó fuerte hasta alcanzar la avenida General Paz y después el parque Saavedra que ahora, de noche, era una tupida arboladura de sombras, agujereada aquí y allá por pequeñas manchas luminosas.

Y era posible que eso mismo lo hubiera dicho antes, en voz alta, después del portazo que retumbó en las paredes, cuando se detuvo un momento para mirar con rabia, con asco, como quien mira a algún bicharraco inmundo, la casa de ladrillos, sin revocar y los yuyos que crecían donde en otro tiempo estaban los surcos de los tomates y de la lechuga, y el perro flaco, mugriento, atado con una deshilachada correa al poste de la luz; un segundo antes de escupir y de montar en la bicicleta para alejarse pronto, pedaleando furioso, de esa "schifosa", de esa "putanaccia" de su mujer que lo único que estaba buscando era perderlo haciéndose matar de un golpe en la cabeza, o de una cuchillada en el vientre, o ahogada con sus manos, alguna noche de estas en que él volviera a recriminarla por sus salidas, o por la casa, o por su arreglo de puta y ella volviera a reírse descaradamente, provocativamente, como si todo lo que él decía, gruñendo y apretando los puños y amenazando con matarla, fueran pavadas, cosas a las que ni siquiera valía la pena tomar en cuenta y contestar en serio.

Por eso había que pedalear fuerte esa noche, sin mirar las calles, ni los autos, ni la gente, mascullando algo, escupiendo, apretando el manubrio que no era ahora ese camarada silencioso y obediente que lo conducía todas las mañanas al trabajo, sino un mango transpirado de rabia, una empuñadura feroz adonde él debía enterrar los dedos y apretarlos, y mantenerlo así, firme en dirección a Saavedra, para que la empuñadura no diera vuelta y lo llevara hacia atrás, hacia una solitaria calle de tierra, hacia una casa de ladrillos sin revocar, donde su mujer seguía riendo, arreglándose el cabello y riendo, buscando a toda costa que él le quebrara esa risa para siempre.

Quiso entrar al parque y detenerse allí, y tirarse en el pasto a fumar un cigarrillo y mirar la noche y el paso rápido de algunos focos por la avenida General Paz, y esperar en esa forma que la sangre se le apaciguara y el canto de los grillos volviera a distraerlo, o hacerle recordar alguna noche lejana en las colinas de Trivento, cuando tenía veinte años, y los alemanes ya se habían ido, y los americanos también se habían ido, y entonces él salía a veces, de noche, solo, a vagabundear por los alrededores del pueblo, a fumar un cigarrillo y pensar en las cartas del "zio Carlo" y en lo que decían los compañeros acerca de embarcarse para América.

Pero supo que esta vez no iba a detenerse allí, no porque no lo hubiera hecho cientos de veces desde hacía dos años, después del casamiento con Amelia, a medida que ella se iba transformando a ojos vistas, sin que él pudiera hacer nada por evitarlo, ni con golpes ni con caricias, y entonces se fueron haciendo necesarias, parte de su vida casi, esas huidas frenéticas a cualquier parte, ese desesperado salir a agotar su rabia o su miedo en interminables vueltas, antes que las manos se apretaran en el pescuezo de ésa y se derrumbara para siempre aquello que, a lo mejor, con mucha paciencia, con mucho cuidado, todavía podía resucitarse. Supo que no hubiera podido detenerse y echarse en el pasto, y estarse ahí, quieto, mirando la noche y escuchando el canto de los grillos porque la sangre estaba demasiado caliente y todavía era necesario pedalear un buen rato con fuerza, y apretar el manubrio, y largarse en locas carreras por la avenida General Paz y por el barrio de Saavedra, antes de que el cuerpo fatigado, y el sudor de la espalda y de la nuca, y el corazón golpeándole fuerte en el pecho, le reclamaran un poco de descanso, allí, echado sobre el pasto tierno y fresco, húmedo de luna, removedor de recuerdos, y quizás, como otras noches, la rabia, y el nudo en la garganta, y eso que le quemaba adentro, se irían diluyendo poco a poco junto con los latidos de las sienes y la respiración afanosa y el temblor de las piernas, en una especie de quietud animal, en una calma que vendría como de la tierra, y que le permitiría, entonces sí, escuchar el canto de los grillos y mirar el cielo y seguir con curiosidad el paso vertiginoso de las luces hasta que se perdían detrás de alguna curva, allá en el asfalto.

Por eso era necesario todavía pensar, y hacer cálculos, y recordar detalles, y maldecir al destino y a Amelia, mientras el viento golpeaba en el rostro y mientras las piernas se hundían rabiosas en los pedales, y los árboles del parque iban quedando atrás, y la cinta ondulada del asfalto era un río, una vertiginosa corriente por donde había que seguir, mirar fijo hacia delante y seguir entre el rugido de algún auto que le pasaba al lado y después se apagaba como un aullido, entre ladridos lejanos y los rumores de la noche y el ronroneo incesante del piñón que allí, enfrente de él, adentro de él, mascullaba los mismos insultos, removía los mismos recuerdos.

Era necesario pedalear y hablar de la casa que había empezado a construir poco antes de casarse y en la que después no había vuelto a colocar un solo ladrillo, una sola cucharada de cal, todo por culpa de esa "cagna schifosa", de esa "putana", en la cual no se podía pensar sin recordar sus ojos brillantes y negros, su risa de desprecio, su cuerpo lleno, sensual, incitante, que balanceaba como una puta cada vez que salía a la calle, y en el golpe que le había dado esa noche, fuerte, en medio de la cara, con la mano abierta, para silenciarle la risa, para ver siquiera una lágrima en esos ojos infames, y las palabras que dijo ella, siempre riendo, siempre mirándolo como se mira a un pobre diablo, las palabras que seguramente no eran ciertas pero que en ese momento lo hicieron odiarla más que nunca y temerla como a un animal venenoso. "Tengo quien se va a ocupar de esto", dijo, acariciándose la mejilla y riendo, y haciéndole entender algo monstruoso, algo que no podía ser cierto de ninguna manera pero que por eso mismo era como un desafío brutal, como un navajazo que ella le había atravesado en la cara nada más que para hacerle sentir su desprecio.

Y todavía le quemaba allí en la cara ese navajazo, todavía el tajo abierto con sus palabras: "tengo quien se va a ocupar de esto" estaba allí, quemando como un hierro al rojo, haciéndole rechinar los dientes, y apretar el manubrio, y pedalear fuerte, y cansarse, y desear que la fatiga, y las ganas de echarse en el pasto, vinieran pronto, como vinieron aquella noche del año 45, en el camino de Bagnoli a Trivento, poco antes de terminar la guerra.

El túnel de avenida del Tejar se le apareció de pronto y le ocultó el cielo por unos segundos. El ruido del piñón y de su respiración fatigosa se escuchaban nítidos allí, y quizá fue eso, ese escucharse a sí mismo pedaleando y jadeando, lo que le hizo sentir los primeros síntomas de cansancio. Por lo cual aminoró la marcha y se recostó sobre un lado del camino, y dio vuelta despacio, en dirección a Saavedra, deseando, ahora sí, llegar al parque y tumbarse en el pasto, y encender un cigarrillo, y esperar que la noche lo calmase o lo adormeciese, para después volver a su casa pedaleando suave, atravesando calles silenciosas y veredas conocidas, y llegar a la puerta, y guardar la bicicleta en el galpón, y entrar en la pieza para encontrarse con Amelia metida en la cama, durmiendo, como olvidada de todo lo que había ocurrido, recibiendo entre sueños sus caricias, y sus estúpidas palabras de perdón: "non so, non so cosa faccio, Amelia, perdonami", y dejándose besar y acariciar, y desprender la ropa, siempre entre sueños, siempre sonriendo con esa sonrisa extraña ahora, dulce, casi infantil, tan distinta a aquella otra con que lo torturaba durante el día, rodeándole luego el cuello con los brazos y acercándolo a ella, y besándolo, y murmurando palabras tiernas, como una madre, como una novia, como la "putanaccia che sei", para tenerlo allí, vencido, anhelante, murmurando siempre sus mismas frases de perdón, "non so, non so cosa faccio", entregándose y poseyéndolo y haciéndolo arrepentir de sus gritos y de sus golpes, obligándolo a creer en ella una vez más, hasta que el sueño caía sobre los dos y lo borraba todo, y la mañana le volvía a mostrar una Amelia desvergonzada, riente, que tomaba el monedero para salir de compras, y golpeaba desdeñosamente la puerta, y caminaba por la calle con ese andar bamboleante, provocativo, como el de una puta.

Pero al menos podía pensar ahora porque estaba cansado y andaba despacio mientras volvía a atravesar el túnel, y buscaba el atado de cigarrillos, y, sin bajarse de la bicicleta, se detenía para encender uno, y después seguía pedaleando sin apuro, fumando y mirando el asfalto brillante, las ondulaciones del césped a los costados, y oyendo por primera vez a sus espaldas ese ligero ruido que seguramente sería el eco de algún ruido de la bicicleta contra las paredes del puente y que era un chillido insignificante como el de un grillo pequeño, o como el quejido de un viejo elástico de carro o de coche al balancearse suavemente con el peso de un cuerpo.

Siguió pedaleando despacio y ni siquiera se inclinó para mirar hacia atrás porque estaba en la Argentina, en el camino hacia el parque Saavedra, y no había razón para mirar los autos que, de vez en cuando, pasaban y que proyectaban hacia delante las enormes sombras de su cuerpo y de la bicicleta y que luego las arrancaban de en medio del camino cuando rugían a su lado y lo sacudían agradablemente con el ligero viento que producían al correr; porque estaba en la Argentina, en el año 1962, mirando las luces del barrio de Saavedra y pensando en Amelia, y no en la carretera de Bagnoli a Trivento una noche del año 45, cuando tenía dieciocho años, y Lucía, la hija del herrero que vivía en Bagnoli era dulce y cariñosa, y lo esperaba los sábados y los domingos a la entrada del pueblo.

Pero el ruidito lo seguía teniendo a sus espaldas, no en Bagnoli, sino aquí, en la avenida General Paz, casi a la entrada del barrio de Saavedra, a pesar de que el puente había quedado lejos y el eco no podía ser, por lo cual se dio vuelta y vio el auto, detenido, inmóvil a un costado del camino, lo que era un poco extraño porque hacía un minuto, cuando él había pasado por allí, no estaba, y que ahora, cuando él volvía a pedalear, arrancaba despaciosamente y que con sus elásticos viejos producía ese ruidito como el de un pequeño grillo cantando monótono a sus espaldas.

No hay por qué tener miedo, pensó o dijo entonces en voz alta, y siguió pedaleando, pero aún no con la misma velocidad ni con la misma desesperación de aquella noche, en que se había demorado mucho en brazos de Lucía, cuando todavía tenía delante de sí un trecho de siete kilómetros encajonado entre las colinas, flanqueado por esos muros de piedra, y el P. K. W. con los alemanes lo seguía a unos doscientos metros, sin acortar distancia lo enfocaba cuidadosamente con el reflector, y le dejaba oír los gritos y las risas de los que viajaban en el auto, borrachos, y el jadeo entrecortado del motor, y los disparos de pistola que periódicamente le hacían, sin precipitación, con grandes pausas entre disparo y disparo, porque iban tirando uno por vez, por turno, y se tomaban el tiempo necesario para apuntar bien y ganar de esa manera la apuesta.

Pero este auto no era aquél, Amelia no lo había esperado a la entrada del pueblo, Amelia había encendido la radio y lo había mirado como se mira a un pobre cristo, riéndose y acariciándose la mejilla, y no estaba tripulado por alemanes aquel auto, y seguramente no lo estaba siguiendo como le había parecido al principio, sino que casualmente había demorado la marcha a causa del motor, o de alguna bujía, o de los frenos, porque ella no había hablado en serio, simplemente un insulto, un navajazo para hacerle entender que lo despreciaba, aunque le hubiera dicho "ti amazzo" apretándole las muñecas y rechinando los dientes, y seguramente se desviaría hacia las luces de Saavedra ni se pondría a correr a toda velocidad por ese camino curvo, como él lo estaba haciendo ahora, la "cagna schifosa" que balanceaba el cuerpo como una puta, sino que seguiría derecho por la avenida General Paz, y dentro de unos minutos lo vería llegar a la rotonda de Constituyentes, y doblar a la derecha antes de perderlo de vista, "perdonami Amelia".

Porque estaba en el camino circular del barrio de Saavedra y en el auto no había nadie que disparara minuciosamente sobre su cuerpo, y lo que tenía al costado era un enorme espacio sin edificar y no las paredes blancuzcas de las colinas donde, de vez en cuando, golpeaba una bala y hacía saltar pedacitos de piedra blanca sobre el camino. No había que correr furiosamente como aquella noche cuando Amelia no existía, ni se pintaba los ojos para salir a hacer compras, ni cantaba fuerte cuando él amenazaba con matarla, y todavía faltaban varios kilómetros antes de encontrar la primera viña, y las piernas no le respondían, y el pecho era un fuelle ruidoso y maltrecho, y el miedo de que llegara a reventar una goma lo hacía clavar la vista en el suelo y desentenderse de las balas que, una tras otra, sin apuro, le silbaban los oídos.

No como ahora cuando miró hacia atrás y vio cómo el automóvil viraba hacia el camino circular y que no era un automóvil en realidad, sino un pequeño camión Chevrolet, modelo 28 ó 29, y que había aumentado bastante la velocidad porque se le iba acercando, a pesar de que él corría ahora, corría tanto que todo el cuerpo se le había bañado en sudor.

Entonces, sin dejar de correr, giró una vez más la cabeza para observar ese camión que inexplicablemente se empecinaba en seguirlo y que hacía un ruidito insoportable con sus elásticos

oxidados, pero apenas pudo echarle una ojeada a la cabina, y a la capota atada con alambre, y al paragolpes flojo o torcido, porque el camión aumentaba cada vez más la velocidad y entonces él tenía que aumentarla también a pesar de su cansancio si no quería que en pocos segundos se le viniera encima.

Por eso no volvió a mirar hacia atrás sino que siguió corriendo, inclinando el cuerpo hacia delante y corriendo, por ese camino curvo del barrio de Saavedra, oyendo a sus espaldas el quejido insoportable del elástico, cada vez más cercano, cada vez más nítido en medio de los otros ruidos de la noche.

Y no se preguntó más el porqué lo estaban siguiendo porque, de pronto, las palabras de Amelia, "tengo quien se va a ocupar de esto", y más que las palabras, la manera de reírse y de acariciarse la mejilla mientras le decía aquello, le clavaron en medio de la nuca una certeza horrible, una pavorosa, quemante, nítida certeza, como aquel ruidito que ahora oía solo a pocos metros de él, y del cual había que huir, huir como loco, sin preguntar nada, sin intentar siquiera una absurda defensa, porque seguramente todo lo había previsto ella, la "maledetta", y por lo tanto no había otra posibilidad que ese correr desenfrenado por ese camino curvo del barrio de Saavedra, pedaleando todo lo que podía, transpirando de cansancio y de miedo, diciendo "non so cosa faccio, Amelia", "putanaccia schifosa" que debía haber matado esa misma noche, que debía haber agarrado del pescuezo y apretado fuerte para borrarle para siempre esa risa, "perdonami Amelia", que ya nunca volvería a acariciar ni a sentir sus brazos rodeándole el cuello, no volvería a ver su sonrisa casi infantil cuando lo besaba somnolienta con la boca abierta, húmeda como la de una puta que era. Porque los alemanes estaban borrachos y por eso pudo llegar al final del camino y arrojar la bicicleta al costado y ocultarse en una viña, pero el ruidito no estaba borracho, corría en cambio a todo correr a sus espaldas, buscando atropellarlo quizás y dejarlo tendido, allí, junto a la bicicleta destrozada, lejos de los brazos y de los ojos de Amelia, entre el canto de los grillos y las luces indiferentes que pasaban allá lejos, o se pondría a su lado quizás, y dispararía, no con calma como hacían los otros, sino con furia, vaciando todos los cargadores al mismo tiempo en la nuca, que por eso estaba húmeda, y por eso lo mandaba seguir corriendo, corriendo aunque las piernas se le endurecían cada vez más, y el pecho a punto de estallar le dolía terriblemente, y la boca abierta aspiraba con dificultad el aire, y los ojos no veían otra cosa que ese pequeño trecho de camino gris, corriendo hacia atrás, debajo de las ruedas, yendo a encontrarse con un viejo camión Chevrolet de elásticos oxidados para avisarle que allí adelante, había un hombre, un pobre cristo, que no podía más, que ninguna parte del cuerpo le respondía ya, y que la noche lo estaba recibiendo como un lecho de sombras o como unos brazos tibios que le rodeaban suavemente, amorosamente el cuello

Historia de una amistad

Ahora don Aldo murió. Y no puedo hablar de él. Bien o mal. Y si hablo bien nadie me puede decir que es para sacarle plata.

Porque ahora don Aldo murió y a la tarde aquella se la tragaron los años. Muchos años.

Y don Egidio murió también. Murió el año pasado en Avellaneda. Por ahí andaban los diarios con las fotografías y los discursos.

Pero ahora don Aldo murió y nadie puede decirme nada. Mi mujer tampoco. Pasa al lado mío, me mira y se calla la boca. Hace bien. En cuanto diga una palabra la muelo a correazos. No es el momento de hablar ahora.

El hijo de don Aldo, ése que andaba por afuera, tampoco habló. Se me vino encima y me abrazó llorando. Y yo lo apretaba fuerte al pibe y lloraba también. Y a la gente que había en el velorio la miraba. La miraba con rabia, desafiando. Porque ninguno de los que estaban allí podían decirme nada ahora. Y porque el pibe me abrazó a mí y a ninguno más. A mí sólo, a Cipriano.

Hacía veinte días que no lo veía a don Aldo. La última vez fue un domingo a la mañana. Gringo loco, vino a golpear a casa para contarme no sé qué cosa de la contribución territorial. Como si a mí me importara un pito de la contribución territorial. Ahora que el rematador se hizo cargo de todo.

Pero yo lo escuchaba y me daba risa oírle decir que había tiempo hasta junio y que la multa y qué sé yo que lío de papeles. Como si yo fuera un propietario, un gringo como él. Como si yo la hubiera comprado a la tapera ésta y no la hubiera recibido de mi mujer cuando los terrenos por aquí no valían nada.

Pero él no entendía de esas cosas. Me hablaba y me mostraba las boletas y me daba consejos.

Así fue siempre. Y por eso yo lo quería al gringo. Me llamaba don Cipriano y le gustaba oírme hablar de las cosas de antes. Veinte veces, lo menos, le habré contado lo del '90. Cuando era muchacho chico y andaba con los revolucionarios en la plaza Lavalle. Y cuando lo vi a Alem en el Parque. Y cuando zumbaban las balas que era un gusto, y qué sé yo cuántas cosas más.

Él se embobaba oyéndome hablar. Le brillaban los ojos como a un chico y hacía que le repitiera las partes en que yo había hecho esto o aquello. Claro que yo inventaba un poco. No por mala intención, sino por eso. Por verlo cómo se entusiasma el gringo y me demostraba su admiración. ¡Qué cosa! Me admiraba el gringo. Y estoy seguro que no era por lo que yo le contaba. Vaya a saber por qué era. Me tenía respeto. Me trataba como a su amigo. Me decía don Cipriano. Y eso siempre, desde el primer día que lo conocí.

Fue en el año 22 ó 23, me acuerdo. Él se había mudado recién a su casita y estaba un domingo a la tarde en la puerta, leyendo el diario. A ratos se levantaba y se paraba frente a la casa para mirarla como a un chiche nuevo. Yo me reía por dentro al verlo. En una de esas se cruzó y empezamos a conversar.

Cuando supo que yo hacía veinte años que vivía en el barrio casi me felicita. Y todo lo que yo le contaba, de la gente que había ocupado esos terrenos antes de que se lotearan, del corralón que ahora no estaba más, pero del que todavía podía verse el portón por donde entraban las chatas..., todo, todo le parecía maravilloso.

Y así empezó mi trato con don Aldo. Desde esa vez casi no pasaba domingo que no nos juntáramos para charlar largo y tendido.

Una vuelta me preguntó de qué trabajaba, y yo por decirle algo le dije que de albañil, pero que

andaba sin ocupación por el momento. ¿Qué le iba a decir? Todo el mundo sabe que yo trabajo de albañil cuando las papas queman. No le iba a contar a él que con los pesos que me dio don Egidio para las elecciones todavía podía ir tirando sin trabajar. Con lo de don Egidio y con lo que ganaba mi mujer lavando para afuera, se entiende.

Pero él se apenó mucho y prometió conseguirme trabajo. ¡Yo qué iba a imaginar!

Bueno, eso fue el domingo. El miércoles por la noche se aparece por mi casa golpeando las manos. "Don Cipriano, le conseguí trabajo". La boca se te haga a un lado, gringo entrometido. Pero, esas cosas raras, voy y le aprieto los cinco como agradeciéndole. "Me ha hecho un gran servicio, don Aldo". Hubieran visto. Le bailaba en la cara la alegría. Ahora pienso lo que habrá tenido que caminar. Era muy bravo en aquellos años.

Y lo lindo del caso es que al otro día estaba trabajando. Qué sé yo por qué. Por puro contentarlo al gringo, nomás. El constructor, un paisano suyo, me trataba como a ingeniero. Seguro por las lindezas que le habría contado el gringo.

Y ahí trabajé unos meses. Dos o tres, no me acuerdo. Uno tenía sus obligaciones. El comité, los amigos, don Egidio. Pero dos meses lo menos trabajé. Y eso por don Aldo.

Nos seguíamos viendo los domingos. O en las noches de verano. Cuando el calor empuja a la gente a la calle.

Eran lindas esas noches. Las ranas tocaban campanitas en la zanja. Y el olor a tierra húmeda, a crisantemo de los jardines recién regados. Y el ligustro atorándose de sombra. Y los paraísos.

Hasta tarde solíamos quedarnos charlando. O a lo mejor callados, mirando el agua de la zanja como se sacudía de golpe con una zambullida. O los bichitos de luz que levantaban estrellas en los baldíos.

Eran lindas esas noches. Y a mí me gustaba cuando don Aldo me hablaba de sus cosas. Cuando vine a América, ¿sabe?, me soñaba tener una casa y una familia. Muchos hijos, sabe. Así como usted. O más todavía. Ocho, diez. Una mesa larga, larga, y todos allí a la noche comiendo con buen apetito. En mi ciudad había un sastre que tenía doce. Todos carabineros. ¿Se imagina? Con estos sombreros grandes..., me decía.

Era como si me agarrara de la mano y me llevara hasta su mundo. Simple, limpio. Él me hablaba y yo entonces era un buen hombre.

Los pibes retozaban sobre la calle de tierra. Las mujeres arrimaban las sillas y se juntaban en la vereda. Y nosotros ahí charlando, dejando correr ese tiempo simple y lindo como las palabras de don Aldo. Hoy, cuando entré a su casa, estaba allí ese tiempo. Se me apareció de pronto. Venía mezclado en el perfume de la diosma que rocé al cruzar el jardín. Lo mismo que antes. Y ahora estoy aquí acordándome de aquello y quisiera que aquellas noches se me quedaran solas en el recuerdo. Simples, limpias. Y quisiera olvidarme de todo lo que vino después.

No sé cómo vino. Yo algo colegía, claro. Pero nadie me había dicho nunca nada.

Una vez mi mujer se largó a hablar. Fue después de unos gritos que yo pegué. Lo que vos tenés que hacer es dejarlo tranquilo al italiano ese. ¡Atorrante! No te da vergüenza. Aquí, donde te conocen todos. Plata le querrás sacar. Y ladrón, y estafador, y que me iba a hacer meter preso y qué sé yo cuántos disparates.

La fajé hasta dejarla tendida. Y no se me fue la rabia después de haberla fajado. No se me fue porque eso estaba allí todavía. Eso, lo que me había dicho mi mujer, estaba allí. En medio de la calle. Orejeándose los pasos. Pegándose como un bicho baboso.

Desde entonces me hice desconfiado. Si los vecinos conversaban, yo paraba la oreja. Me daba cuenta lo que pensaban esos desgraciados. Tenía un miedo bárbaro de que le fueran con chismes al gringo. Si veía a alguno hablándole a don Aldo, ya me parecía que me estaban ensuciando. Y más de uno lo hizo; después lo supe.

Otra vez fue mi chica la mayor la que me vino con el cuento. La había oído a la mujer de don Aldo hablándole de mí. Peleándose con don Aldo por culpa mía.

Y don Aldo, ¿qué decía?, le pregunté.

Nada, él ni le contestaba, leía el diario, me dice mi chica.

¿Y la mujer? ¡Uh!, las cosas que gritó la mujer, me dice. Que si no le daba vergüenza juntarse con vagos y que era un estúpido y que le iban a sacar hasta los mocos y que el Cipriano ese es un matón y un degenerado. ¿Y don Aldo? Nada, ¿no te dije?, la dejaba hablar.

Claro, eso era lo que estaba allí. Lo que los vecinos me dejaban ver con alguna sonrisita y que mi mujer y la mujer de don Aldo lo habían dicho redondamente. ¡Me daba una rabia!

Yo sabía que no era igual que don Aldo. ¡Qué novedad! Yo no iba a comprar una casita para pagar en veinte años, ni iba a deslomarme trabajando para que los hijos estudien, ni iba a hacer muchas de las cosas que hacía don Aldo. Yo soy de otra laya. ¿Pero aprovecharme de él? Al gringo yo no era capaz de tocarle un pelo. Y eso era lo que la gente no entendía.

Pero ahora don Aldo murió. Y la gente puede pensar lo que le dé la gana. Y si por ahí llevo a nombrar a don Aldo, no voy a ver esas sonrisitas pegándose a las palabras como un bicho baboso. Porque ahora don Aldo murió. Y a la tarde aquella se la tragaron los años. Muchos años.

La tarde aquella. Si no fuera por aquella tarde, yo hoy sería otra cosa. Estaría bien acomodado. Y la gente a lo mejor me llamaría don Cipriano y me tendría respeto y no pensaría que si me arrimo a un gringo es para sacarle plata. Pero de eso, claro, no dice nada la gente. ¡Total! Si don Egidio dejó de contar conmigo para las campañas electorales será porque yo soy un tráfuga, ¿no? Pero yo no soy ningún tráfuga y si don Egidio me perdió la confianza es por otra cosa. Es por lo que pasó la tarde aquella. Y por don Aldo. Y porque don Egidio era así. Un buen hijueputa, después de todo. El que le caía en desgracia ya podía darse por perdido. Yo lo sabía. ¡La pucha si lo sabía! Don Egidio arrastraba más libretas que cualquier otro diputado en todo el país. En la parroquia era como un dios. No tenía ninguna gana de andar mal con él. Y si lo hice, fue por don Aldo.

Fue un domingo de elecciones. Mi casa tiene mucho terreno y por eso la elegían siempre para el asado. Por eso y porque yo era un hombre incondicional. Ahí se juntaban correligionarios y amigos para festejar el comicio. La gente chupaba, comía y jaraneaba en grande. La plata sobraba siempre para esas cosas.

A mi familia la había fletado desde temprano. Esas fiestas no son para las mujeres. Nunca falta un mamado que quiera meterse a loco.

Yo no había parado un momento de atender a los que llegaban. No es tan fácil como parece. Servirles, sí, de lo que quisieran, pero había que evitar que se mamaran hasta después de haber votado. No fuera que después en el comicio no los dejaran entrar.

Para eso teníamos un coche a disposición. En grupos de cuatro o de cinco los íbamos sacando para llevarlos a las mesas. Después, a la vuelta que chuparan hasta morirse.

Serían como las cuatro de la tarde. La mayoría de la gente ya había votado, así que la jarana se había puesto bastante regular.

Don Egidio estaba con nosotros. Ya había dejado de recorrer con su auto y se venía para quedarse.

Dos cantores, me acuerdo, se habían trezado en una payada. Ya gangoseaban y la voz les salía ronca por el vino. ¡La pucha!, hacía como tres horas que estaban dale que dale a la guitarra y a la botella. Nosotros nos entreteníamos escuchando y les festejábamos los versos.

Esas son cosas que se van perdiendo, así que algunos de la calle se fueron arrimando por curiosidad.

En eso llegó don Aldo. No me gustaba verlo por ahí. Lo saludé, lo atendí, pero no me gustaba.

Él se puso en seguida cerca de los cantores. Los miraba contento y asombrado. La primera vez que veía eso, seguro.

Yo lo distinguía de lejos por el saco pijama, pero después lo perdí de vista. Había llegado gente nueva y estaba ocupado. El auto, a todo esto, seguía llevando votantes. Un borracho armó un escándalo en la puerta porque no lo querían cargar y tuve que salir a frenarlo.

Y al entrar de vuelta fue cuando lo vi a don Aldo. Estaba parado en medio de un grupo que le protestaba. Uno, sobre todo, parecía el más exaltado. Era un rubio con fama de malo, al que don Egidio tenía de ayudante o algo así.

Gringo sonso, pensaba yo, ¡por qué no te callarás la boca y te volverás a tu casa! No se me podía ocurrir lo que había pasado. Más tarde lo supe.

El gringo había entrado en conversación con algunos y entre las lindezas que dijo fue que un paisano suyo era muy amigo de un diputado. Y que el diputado ese era una maravilla de hombre, sencillo, decente. Y no hacía más que ponderarle las virtudes. Ni cuenta se dio que el diputado era de la oposición. Fue el rubio que en una de esas le largó a boca de jarro: "Ése es un coimero y a más cajetilla y no vale ni una escupida." El gringo no lo podía tolerar. Que no, que estaba equivocado, que el paisano suyo lo conocía bien y que el diputado era una maravilla de hombre.

No sé bien cómo siguió la cosa, pero cuando yo llegué, el rubio se estaba deslenguando demasiado y lo atacaba directamente al gringo.

Don Egidio, desde una mesa donde había estado jugando a los naipes, los miraba tranquilamente.

Yo no me quise meter y me senté por ahí cerca haciéndome el distraído.

Y el gringo seguía y seguía. Lo hubiera sacado a empujones para que aprendiera a no ser sonso.

Se estaba poniendo fiero el asunto. Y el gringo como si tal cosa.

Se lo quería comer con los ojos el rubio. En eso hizo medio el gesto de manotear el cuchillo, y yo me levanté.

Callate gringo, no metás más la pata. Andate ahora mismo, ¿querés?

Pero me iba acercando despacio, despacio, arrastrando las chancletas sin quitarle la vista de la mano al rubio.

Gringo pavo, achicate, pedazo de infeliz, pensaba.

Pero me seguía acercando, acercando, refalándome entre la gente, viendo como al rubio se le iba

la mano y viendo como su sombra se abría cancha entre la tierra del patio...

Di un rodeo y sin decir nada me fui a parar al lado de don Aldo. Nada más. Ni una palabra dije. Ni siquiera llevé la mano al cuchillo.

Se hizo un silencio que no voy a olvidar nunca.

Desde la esquina llegaba el griterío apagado de algunos muchachos.

Detrás de mí, una gota de grasa chisporroteó en la ceniza.

Don Egidio ni se movió de donde estaba. Sus ojos chiquitos nos medían atentos como orejeando un naipe.

Le hizo una seña y el rubio bajó la mano y se apartó callado la boca.

Don Aldo se fue.

Alguno le pidió un valzer a los guitarreros, y una musiquita floreada empezó a moverse en el aire como queriendo entibiarlo.

Don Egidio en su mesa les hablaba en voz baja a los que estaban con él.

Al terminar la música aplaudió, se levantó felicitando a los guitarreros y se fue despidiendo de la gente. Siempre muy campechano y como si no hubiera pasado nada.

Yo vi cuando algunos lo acompañaban hasta la puerta y lo seguían hasta el auto, donde se metió con el rubio y se fue.

A mí ni me había mirado.

Y eso fue todo. Don Egidio ya no está más. Pero los años que siguieron a esa tarde fueron años muy bravos para mí.

Los vecinos nunca supieron nada. Tránsfuga, habrían oído por ahí y lo repetirían seguro.

Mi mujer tampoco supo nada. ¿Qué le iba a decir a ella?

Y los que estaban esta mañana en el velorio de don Aldo tampoco sabían nada.

Y ni el mismo don Aldo sabía que yo una tarde me jugué entero por él. Y por ese mundo simple y limpio adonde él me hacía entrar llevándome de la mano.

Pero el pibe lloraba y me abrazó a mí. Y yo lo apretaba fuerte al pibe y los miraba con rabia, desafiando. Porque ninguno podía mirarme con aquella sonrisita ahora, con aquel bicho baboso pegándose a las palabras.

Y porque el pibe me abrazó a mí y a ninguno más. A mí solo. A Cipriano.

Declaración jurada

¿Qué pretendo yo con mi poesía? Bueno, es tan fácil macanear en este tipo de declaraciones ¿no? O esquematizar. O decir una cosa por otra. O desembuchar las ideas que uno tiene sobre estética, o sobre política, o sobre la filosofía del arte en general...Pero me parece que sin querer se me escapó algo que es cierto. La poesía sirve para no macanear. Eso es. La poesía y el cuento me sirven a mí para no macanear. De eso estoy seguro. Para ser auténtico, humildemente, trabajosamente auténtico. Contar como veo, como siento algunas cosas, tratar de que alguien las vea y las sienta igual que yo. Sin pretender enseñar, ni adoctrinar, ni contrabandear ideas. Y para eso tengo simplemente que hablar con mi propia voz. Cosa bastante difícil como lo sabe cualquiera que ande metido en este asunto. Pero una vez conseguido eso, una vez que a fuerza de un largo trabajo de búsqueda, de desprendimiento, de humildad, que sé yo, uno cree haber encontrado, en el fondo del alma o de las tripas, esa voz, los conceptos "bueno" o "malo", "poema" o "no poema" pierden totalmente vigencia. Se habla de un modo verdadero o se macanea. Y se macanea cuando, vaya a saber por qué, no se puede encontrar la propia voz.

Cuando me veo obligado a escribir un artículo, o un ensayo, o esto que estoy tecleando ahora por ejemplo, tengo siempre la fulera sensación de que estoy macaneando. De que podría afirmar todo lo contrario de lo que digo con la misma compostura y la misma sinceridad. En la poesía y en el cuento eso no me pasa. Sé que hay una única forma para decir una única verdad. Y que lo demás es una pelea con las palabras hasta encontrarla.

selección poética

Pichuco

A Ud le asombraría verlo tomar la posición del loto ?
asumir el nirvana ?
Curar en sol mayor a los enfermos ?
Ud. diría que no si tuviera un tachito con incienso ?
Porque, quién lo va a discutir ?
si es ley antigua,
si hay que zalameriarlo, protegerlo.
Porque...y si se disgusta ?
Y si dice por ahí: no le hago más las variaciones a Recuerdo ?
Y si en eso se va ? Y si agarra y se lleva a Sur, Barrio de Tango y a María ?
Ud se lo imagina ?
Qué silencio. Porque, está bien, el dice que creció en Palermo, pero, y si no ?
Si vino del Olimpo ?
Y si llegó muy pancho del infierno ?
Y si un día lo viera al abrir el estuche en vez del bandoneón sacar la lira y resultaba que era nomás Orfeo ?
Por eso hay que cuidarlo, por las dudas,
saberle los gruñidos, tocarle la papada, contemplarlo, quererlo.
Mire si se disgusta, si se embronca y se va.
Uh, ni pensar lo que sería el silencio..

[1973]

Gardel

Para mí lo inventamos.
Seguramente fue una tarde de domingo,
con mate, con recuerdos, con tristeza,
con bailables bajitos, en la radio,
después de los partidos.

Entonces, qué se yo,
nos pasó algo rarísimo.
Nos vino como un ángel desde adentro,
nos pusimos proféticos.
Nos despertamos bíblicos.
Miramos hacia las telarañas del techo,
nos dijimos:
"Hagamos, pues, un Dios a semejanza
de lo que quisimos ser y no pudimos.
Démosle lo mejor,
lo más sueño y más pájaro
de nosotros mismos.
Inventémosle un nombre, una sonrisa
una voz que perdure por siglos,
un plantarse en el mundo, lindo, fácil
como pasándole ases al destino."
Y claro, lo deseamos y vino.
Y nos salió glorioso, engominado,
eterno como un Dios o como un disco.
Se entreabrieron los cielos de costado
y su voz nos cantaba:
"Mi Buenos Aires querido..."
Eran como las seis,
esa hora en que empiezan los bailables
y ya acabaron los partidos.

Algebra

Trataré de demostrar
que los autos por la avenida Cabildo
ejecutan exactamente
la música de la soledad.

Admitamos
un aséptico bar,
con fórmicas, ventanas,
chaquetas, música ambiental,
tickets, etcétera.

En frente, un cine o un garage,
o un cartel luminoso,
o simplemente el tiempo T
(él es lento, sombrío, fatigado,
viscoso y previsible).

Ahora bien,
en el caso de que el cartel luminoso
golpee insistentemente hasta la náusea,
y si eliminamos por simplificación
(y por razones obvias) el garage y el cine,
nos quedan agrupados los siguientes recuerdos :
una calle de tierra,
una magnolia,
un perro al que uno amaba,
una zanja con yuyos donde estaba el asombro,
los huevitos de gallo
y la siesta.

Descomponiendo entonces siesta en sus usuales términos :
palomas, aguaciles, pereza
y patio con frescura,
podemos fácilmente admitir la existencia
de otro tiempo T'
particularmente azul
e idéntico al prodigio.

Pero como por definición
están los autos en la avenida Cabildo,
sumados al smog,
a la nostalgia,
al correr despiadado de los años,
y a lo que llamaremos provisoriamente X,
multiplicamos por neurosis,
dividimos por la constante 1954,
y queda por lo tanto :
X igual a miedo, igual a impenetrable cáscara,
igual a envenenada y perra soledad.
Que es justamente
lo que queríamos demostrar.

Ellos

Son tan bien,
tan irónicos,
tan finamente sabios,
que uno es un hotentote,
un perdonable bruto
innoblemente vivo todavía.

Ellos esperan,
ellos miran y esperan,
sencillamente esperan.

Tienen un aire dulce de bohemia,
un no sé qué elegante,
una sonrisa tía
(una vez escribieron doce versos
pero bah quién se acuerda),
un gesto roberteilor para ciertos asuntos,
te toleran.

(Te toleran creer, desgañitarte,
andar despellejado por el mundo,
te toleran hundirte hasta el no entiendo,
hasta el no puedo más,
o hasta las lágrimas.
Te toleran nacerte una mañana,
y asombrarte y reirte como loco
y seguirte y seguir
y adónde está esa vida y vengan cartas.
Te toleran tu angina, tus horarios,
tus deudas,
tu vino peligroso en ciertas noches,
tus camisas, tus ganas.
Te toleran morir cuarenta veces,
te toleran salir y enamorarte,
te toleran vivir loco de vida.)

Claro, tienen paciencia,
tienden redes,
dicen como diciendo todavía,
te ofrecen su fraterno aburrimiento,
te ofrecen lindos nichos,
te convidan.

A veces se insinúan sonrientes como putas,
tiran viejas carnadas,
te dicen que los otros,
que fulano,
es así
que vos en cambio...

Luego esperan,
te sonríen y esperan,

sencillamente esperan.

Yo no les tengo lástima,
quisiera
verlos chisporrotear en el infierno,
dando vuelta el manubrio de sus nadas,
bebiéndose sus muertes venenosas
como un aperitivo.

Inmortalidad

Ocurre simplemente que me he vuelto inmortal.
Los colectivos me respetan,
Se inclinan ante mí,
Me lamen los zapatos como perros falderos.

Ocurre simplemente que no me muero más.
No hay angina que valga,
No hay tifus, ni cornisa, ni guerra, ni espingarda,
Ni cáncer, ni cuchillo, ni diluvio,
Ni fiebre de Junín, ni vigilantes.
Estoy del otro lado.
Simplemente, estoy del otro lado,
De este lado,
Totalmente inmortal.

Ando entre olimpos, dioses, ambrosías,
Me río, o estornudo, o digo un chiste
Y el tiempo crece, crece como una espuma loca.

Qué bárbaro este asunto
De ser así, inmortal,
Festejar nacimiento cada cinco minutos,
Ser un millón de pájaros,
Una atroz levadura.
Qué escándalo caramba
Este enjambre de vida,
Esta plaga llamada con mi nombre,
Desmedida, creciente,
Totalmente inmortal.

Yo tuve, es claro, gripes, miedos,
Presupuestos,
Jefes idiotas, pesadez de estómago,
Nostalgias, soledades,
Mala suerte...
Pero eso fue hace un siglo,
veinte siglos,
cuando yo era mortal.
Cuando era
Tan mortal,
Tan boludo y mortal,
Que ni siquiera te quería,
Date cuenta.

Porteño y de Estudiantes

Uno vivió humillado y ofendido,
se sintió negro, paria,
risible minoría,
adventista, croata,
o bicho raro.

Uno aguantó silencios,
miradas bocayunior,
sonrisas riverplei
y condolencias

Uno sufrió, mintió,
dijo no es nada,
se congeló el amor en un descenso,
honestamente quiso sacudir su carga.

Uno debió explicar con voz de tío
que había una vez un Lauri,
y había un Guaita,
y había una delantera,
y había un sueño dragón y una princesa
y había un rey Estudiantes de La Plata

Uno dejó colgada durante veinte años
la foto de Zozaya,
porque sí, porque bueno, por costumbre,
porque le daba no sé qué sacarla.
Y un día la sacó
como se sacan
los relojes viejos,
el diploma de sexto,
o las nostalgias
(estaba desteñida y amarilla,
y en la pared quedó como una marca
o un fantasma)

Uno se fue,
se rechifló del fútbol,
por despecho
se volvió criticón y sociológico;
se dedicó al latín, al mus, a la política,
al ajedrez, al sánscrito, a la siesta,
a la literatura, a bethoveen,
o simplemente a nada.

Y se indignó
y habló del opio de los pueblos
y la revolución
que se vacía en el vicio de las canchas.

Y aguantó como un hombre,
y vio a su hijo colgar la foto de Rarrin

(justo en aquella marca)
y lo vio bostezar
de tanto cuento viejo y tanto Lauri,
tanta caperucita y príncipe encantado
y tanto rey Estudiantes de La Plata

Uno vivió humillado y ofendido,
se sintió negro, paria,
risible minoría,
adventista o croata
Entonces,
¿se dan cuenta
por qué ando así,
bastante bien últimamente,
con sonrisa de obispo
y con dos alas?

[escrito cuando Estudiantes de La Plata ganó el campeonato mundial de Clubes]

¿Y si sí?
¿Si entre tanto Lenin,
coyuntura
y organismo de base,
y compañero,

si entre tanta vigilia y Antiduhring,
entre tanto plenario y cigarrillo,
se nos está infiltrando la ternura
como un disimulado agente de la CIA?

¿y si apoyo la moción
quiere decir
sos linda?

¿y si yo estoy de acuerdo en el planteo
quiere decir
qué bárbaros tus ojos?

¿y si me adhiero
quiere decir sencillamente
que me adhiero?

ojo compañerita,
vigilancia,
que el enemigo acecha.

analicemos el asunto
a nivel de autocrítica

pero un poco más cerca,
mirándonos los ojos,
interminablemente
si es posible.

El futuro

Qué lindo era el futuro,
el futuro
del pizarrón de cuarto grado,
todo hecho con tizas de colores
y una confianza buena,
de las viejas,
de esas que ya no se consiguen
ni pagando al contado.

era realmente lindo, lindo
aquel futuro
del pizarrón de cuarto,
había chicos decentes
tomados de la mano
chicos con las orejas limpias
y las medias derechas
y los dientes seguramente cepillados.

Juro que era lindísimo
el futuro
del pizarrón de cuarto grado
Había toros, libélulas y ríos
había trenes, palomas y silos y aeroplanos
había campos y escuelas y edificios altísimos
había vacas y ovejas
bellamente pastando

Había una iglesia y un trigal
y un puerto con muchísimos barcos
Al fondo, por supuesto,
un ancho sol naciente en amarillo,
con sus ojos, su boca, su sonrisa
en realidad
bastante parecido
al de la tapa del cuaderno 'Sol de Mayo'
pero de todos modos era una maravilla
aquel futuro
del pizarrón de cuarto grado

¡Ah, si pudiera entrar en el futuro!
en el futuro aquel en seis colores
del pizarrón de cuarto grado
Cómo caminaría derechito
hacia el gordo sonriente en amarillo
acogedor, humano
Cómo andaría entre toros, libélulas y ríos
y trenes y palomas y aeroplanos

A lo mejor iría
tomado de la mano
de algún chico decente, buenito, bien peinado
Caminaríamos alegres y llenos de esperanza
porque, es claro...

el camino sería bello y fácil
como eran los caminos del futuro
en el lindo futuro
del pizarrón de cuarto grado

Sin barreras, sin piedras,
sin pozos, sin semáforos
nadie nos pediría documentos
ni nos requisarían baleros subversivos
ni nos sospecharían ladrones
o extremistas o infiltrados

Nadie nos metería, por supuesto,
en un atroz fantasmagórico Ford Falcon,
ni mucho menos iríamos a aparecer al otro día
junto a un montón de cápsulas servidas,
ni dirían los diarios
con sus letras chiquititas y su fea sintaxis
cosas como "se procedió a identificarlos"

No, no,
sencillamente no,
porque eso no figuraba para nada en el futuro,
porque eso la señorita no lo había dibujado
con borrador, y tiza y esperanza
en el prolijo y diáfano futuro
del pizarrón de cuanto grado
El cual como se sabe estaba todo hecho
con tizas de colores
con un redondo sol de Sol de Mayo
y una confianza buena,
de las viejas,
de esas que ya no se consiguen
ni pagando al contado.

Se supone

Se supone que hay dudas sumamente poéticas,
tristezas avaladas por las musas,
y además endosadas por la Real Academia,
dulces melancolías que esmaltan los crepúsculos
de colores lindísimos.

Se supone que hay penas que ni hechas en medida
para extasiar ñiñitas,
soledades que casi son un coito
de perfectas,
angustias prestigiosas como heridas de guerra,
rompimientos ya escritos con ritmo de bolero:
debemos separarnos,
me acordaré, te acordarás, etcétera.

Se supone que hay tedios elegantes,
desvelos a los cuales
baja chisporroteando el genio desde el techo,
preguntas y temores que ocasionan sonetos,
neurosis aceptables, llevaderas, simpáticas,
borracheras que nacen con el sello de la celebridad,
cansancios que maduran en corazones sabios
y de vuelta.

Se supone,
- es lícito aceptar que existen -
que de acuerdo
a una bibliografía tan bella como extensa
ellos están allí,
demostrando, brillando, guiando, corrigiendo.

Se supone,
- fácilmente se admite que deben existir -
no es mi intención negarlo, por supuesto.
Simplemente
quería decir, con toda honestidad:
yo no.

Puntualizo

No que me falten dudas o tristezas,
ni que me encuentre en déficit de penas,
ni que sea pobre en soledad o miedos,
ni que no tenga una vulgar neurosis
donde caerme muerto.

No, nada de eso,
gracias a dios
yo tengo
mi cuentita en el banco del esgunfio
como cualquier mortal.

Sólo ocurre
que las penas son bichos nauseabundos,
la soledad voltea como el tifus,
los rompimientos vienen generalmente
con gritos, puertas, odios,
pateadas furibundas,
manos en el pescuezo,
y a veces con un llanto
blando, sonso, de niño , interminable,
mendigando un perdon.

Sólo que la tristeza
es sucia, miserable, austada e inútil,
refractaria a la máquina
y a los lindos colores del crepúsculo.
Sólo que la neurosis,
que quiere que le diga,
se parece bastante a la idiotez.